

REPERTORIO AMERICANO

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias
y Educación, Misceláneas y Documentos



TOMO 10



Editor: J. GARCIA MONGE
SAN JOSE DE COSTA RICA, C. A.

1925



INDICE

DEL TOMO X

AUTORES Y ASUNTOS

- Acosta, Agustín.—La romanza del mal estudiante, p. 112.—El poema del amor inmortal, p. 196.
- Acuña, José B.—Discurso, p. 153.
- Agustín Nieto Caballero, p. 290.
- Albertazzi, Avendaño J.—Comentarios, p. 55.
- Altamirano y Viera, Napoleón.—Tres artículos, p. 74.
- Andrenio.—Gompers y la nueva era socialista, p. 33.—El laúd de Gassiri, p. 296.—Vasconcelos y el destino de América, p. 340.
- Angel Ganivet, p. 160.
- Ante la sedición militar, p. 194.
- Araquistain, Luis.—La inocencia de Ebert, p. 24.—Magisterio y poesía, p. 52.—Hacia una democracia internacional, p. 120. Un Congreso de escritores, p. 211.—Lo explicable y lo inexplicable del señor Lugones, p. 244.—Organización de la cultura hispánica, p. 260.—José Vasconcelos, p. 338.—El astrónomo espiritista, p. 361.
- Arciniegas, Germán.—Del castellano, p. 89.
- Arias, Augusto.—A Lucila del Carmen, p. 72.
- Arrieta, Rafael Alberto.—Página lírica, p. 58.
- Aspectos del interesante problema político de Chile, pp. 39, 82 y 142.
- Avecilla, Ceferino R.—Nuevo concepto del heroísmo, p. 36.
- Azorín el político, p. 230.
- B.** Sanín Cano viene a Buenos Aires, p. 133.
- Banchs, Enrique.—Página lírica, p. 364.
- Bagaría, Luis.—Una entrevista con Forain, p. 281.
- Baquero, E. Gómez de.—Poderes morales, p. 377.
- Barga, Corpus.—La escuela de los demócratas, p. 252.
- Bazán, A.—Hoy amaneció..., p. 382.
- Belaunde, Víctor Andrés.—El arbitraje en la Liga de las Naciones y la América Latina, p. 67.
- Beláustegui, Eduardo F.—Carta abierta al Presidente de Chile, p. 284.
- Bello, Luis.—Ganivet en España, p. 173.—El personaje del drama, p. 173.—Educación estoica, p. 277.
- Besteiro, Julián.—Proletariado y educación, p. 307.
- Bernal, Emilia.—El grito, p. 103.
- Blanco Fombona, Rufino.—¿Persistirá el espíritu de España en el nuevo tipo de cultura que se creará en América?, p. 121. Los estudiantes, p. 149.—La figura de Vasconcelos, p. 337.
- Borrero de Luján, Dulce María.—Protección a la mujer madre, pobre o abandonada, p. 177.
- Brenes Mesén, Roberto.—Un discurso que no se pronunció, p. 4.—Ciertos libros, ciertos estudios, p. 76.—Carta al señor Secretario de Educación, p. 118.—Cansancio, p. 225. Incidencias, p. 242.—*Poemas* de Jaime Torres Bodet, p. 354.
- Caballero Escovar, Alfredo.—El sistema Decroly aplicado en Colombia, p. 250.
- Caillaux, Joseph.—La cuestión religiosa en Francia, p. 276.
- Calzada, Jorge.—¿Respuesta?, pp. 88 y 127.
- Capdevila, Arturo.—Grandmontagne y de Maetzu, p. 61.—Primer Congreso Libre de Intelectuales Iberoamericanos, p. 83.
- Cardona, Jorge.—Ciencia y simbología, p. 244.
- Cardona, Rafael.—El nuevo idioma castellano, p. 198.
- Caso, Antonio.—Dos artículos, p. 81.—El triunfo de la vida, p. 119.—El Padre de Michoacán, p. 360.
- Castrovido, Roberto.—Las inconsecuencias de los viejos, p. 352.
- Catalá, R. A.—Motivos de la semana, p. 82.
- Cestero, Manuel.—El General, p. 151.
- Coll, Pedro Emilio.—Sobre un pensamiento de Leonardo de Vinci, pp. 5 y 216.
- Cosío Villegas, Daniel.—Juego de números, p. 64.
- Crane, Frank.—El salario de los maestros, p. 229.
- Cuartillas de Cajal, p. 160.
- Cuenca, Héctor.—Hoy he tenido un sueño..., p. 20.
- Chocano, José Santos.**—Versos, pp. 312 y 351.
- Decroly en Colombia, p. 247.
- De Albornoz, Alvaro.—El Cristo de Papini, p. 43.
- De la Vega, Daniel.—El bien que derrochamos, p. 71.
- De Palma, R.—Con el gran educador don José de la Luz y Caballero, p. 73.
- De Valle-Arízpe, Artemio.—Por qué fué expulsado de México Simón Bolívar, p. 99.
- Diana, Clara.—Vesperal, p. 47.—El mendigo, p. 86.—La esencia de mi copa, p. 137.—Mi paganismo, p. 308.
- Díaz-Rodríguez, Manuel.—Ayacucho en la Revolución Hispanoamericana, p. 138.
- Dictamen (Congreso Nacional de Jóvenes. México), p. 26.
- Díez Canedo, Enrique.—Revista de Libros, p. 154.
- Domínguez, Manuel.—El Rey de los Fantasmas, p. 46.
- Dos notas de la Juventud Universitaria, p. 341.
- El Centro Pedagógico distribuye libros entre los escolares distinguidos, p. 80.
- El concepto de filosofía y de política, p. 229.
- El Estudiante, p. 275.
- El Pasajero.—Comentarios fugaces, pp. 30 y 262.
- En El Salvador se crea la institución del «Día del Niño», p. 222.
- Edwards Bello, Joaquín.—La política y la libertad económica, p. 68.—Don José María Raposo, p. 135.
- Elmore, Edwin.—El REPERTORIO AMERICANO de García Monge, p. 3.—Primer Congreso Iberoamericano de Intelectuales, pp. 69, 83, 162, 259 y 378.
- Esquivel Obregón, T.—Tres hechos, p. 101.
- Estrada, Rafael.—Página lírica, p. 93.
- Facio, Justo A.—Eosina, p. 77.
- Falcón, César.—Industria y cultura, p. 289.—El ocaso de Gandhi, p. 335.
- Fernández Guardia, Ricardo.—Hacia la arquitectura propia, p. 137.
- Ferriere, Ad.—Un nuevo método de enseñanza y una nueva escuela, p. 130.
- Figari, Pedro.—Arte infantil mexicano, p. 351.
- Frank, Waldo.—Carta, p. 304.
- Gabriela Mistral pasó por Montevideo, p. 45.
- García Calderón, Francisco.—Unamuno en París, p. 108.—El Parlamento de Ginebra, p. 273.
- García Monge, J.—Carta, p. 92.
- Garduño, E. P.—Tagore en la América del Sur, p. 372.
- Garnier, José Fabio.—La vida encantadora, p. 183.
- Gaviria Uribe, Tulio.—Partes de un estudio, pp. 123 y 202.
- Geigel-Polanco, Vicente.—Versos, pp. 349 y 373.
- Gerchunoff, un amigo de Chile, p. 159.

- Gerchunoff, Alberto—Gabriela Mistral, p. 265.—Cadisch, p. 277.
 González Prada, Manuel.—Nuestros inmigrantes, p. 347.
 Gray, Thomas.—Elegía, p. 249.
 Greenfield Adams, R.—Política centroamericana, p. 291.
 Grillo, Max.—El nombre de Bolivia, p. 321.
 Guillén, Alberto.—Página lírica, pp. 28 y 157.
 Gutiérrez, Avelino.—El problema hispano-americano, pp. 23, 34 y 116.
- Haya de la Torre, Víctor R.—Algo sobre una nueva juventud, p. 241.—El último Congreso científico de Lima, p. 280.
 Henríquez Ureña, Pedro.—La Patria de la Justicia, pp. 96 y 357.
 Homenaje a Manuel Sanguily, p. 49.
 Homenaje chileno-argentino al eximio educador colombiano Agustín Nieto Caballero, p. 78.
 Houston, David F.—Réplica a los pesimistas, pp. 37 y 110.
- Jiménez, Auristela C. de—Viejecitos, p. 185.—Sj tengo alas... p. 205.
 Jiménez, Ricardo.—El verbo *cobrar* y su alcance jurídico, p. 330.
- Káhan, Salomón.—Los nuevos Programas para las Escuelas Primarias en la Rusia soviética, p. 269.
 Korn, Alejandro.—Extractos del tomo *La Libertad creadora*, p. 32.
- La Casa del Estudiante, p. 228.
 La diplomacia contemporánea, p. 94.
 LA EDAD DE ORO, pp. 175, 191, 207 y 239.
 La estimación extranjera y los Programas del Sr. Brenes Mesén, p. 63.
 La Follete, p. 293.
 La sabiduría de las mil noches y una noche, pp. 53 y 374.
 Labarca Hubertson, Amanda.—El Presidente y las mujeres del Congreso, p. 315.
 Lagos, Edelmira.—Mayo...! p. 187.
 Lapradelle, A. de—El Comité francés de Estudios sobre la Sociedad de Naciones, p. 328.
 Las «Ediciones Colombia», p. 232.
 Las finanzas y las fórmulas simples, p. 359.
 Las manos limpias, p. 358.
 Leguía Martínez, Germán.—Manuel González Prada, p. 345.
 Leguía, Jorge Guillermo.—Carta al Presidente Leguía, p. 334.
 Lira, Carmen.—Humildes cántaros rotos, p. 188.—El hombre que sentía pasar la muerte, p. 233.
 Lira chilena contemporánea, p. 282.
 López Machado, Alberto.—Una peregrinación a Snobismdjah, la residencia dei divino Tagore, p. 165.
 López Merino, Francisco.—Página lírica, p. 186.
 Los restos de Ganivet, p. 161.
 Los restos de Ganivet en España, p. 151.
 Lugones, Leopoldo.—Política americana, p. 65.—La hora de la espada, p. 114.—El dragón, p. 124.—Un Congreso libre de trabajadores intelectuales, p. 213.—Los dones divinos, p. 275.—El pueblo ante la democracia, p. 369.
 Luna, Flor de—Tú, p. 48.—Dar, p. 182.—Pequeños motivos, p. 333.
 Luz León, J. de la.—El periodismo y la Academia Española, p. 371.
- Maeztu, Ramiro de—Una maestra, p. 51.—El sueño hispánico, p. 339.
 Maître Renard.—La Fiesta de la madre, p. 129.
 Mañach, Jorge.—Glosas, p. 95.
 Marchena, Julián.—Página lírica, p. 331.
 Mariátegui, José Carlos.—¿Existe un pensamiento hispano-americano? p. 257.—Un Congreso más Pan-americano que científico, p. 310.
 Masferrer, Alberto.—A vosotras, madres, p. 323.
 Maya, Rafael.—Página lírica, p. 231.
 Mayorga Rivas, Román.—¿Qué es mi vida?... p. 206.
 Mejía Nieto, Arturo.—Puntos de vista, p. 115.
 Mensaje de Abd-El-Krim a los pueblos de la América Latina, p. 243.
 Mercante, Víctor.—Papini y el papinismo, p. 125.
 México, p. 342.
 Milanés, Blanca.—El tocador de dnlzaina, p. 130.—La canción de la niebla, p. 200.—Los dos pinos, p. 268. La mariposa, p. 304.
 Molina, Enrique.—La doctrina de Monroe y el Panamericanismo, p. 193.—La ideología del señor Leopoldo Lugones, p. 297.
 Miró, Gabriel.—Huerto de cruces, p. 203.
 Mistral, Gabriela.—José Santos Chocano y España, p. 301.
 Nervo, Amado.—La escuela de la montaña, p. 292.
- Nelson, Ernesto.—Tendencias modernas de la educación, p. 18.
 Nieto Caballero, L. E.—El claro acento de México, p. 290.
 Nin Frías, Alberto.—Carta, p. 195.
- O. D.—Sobre programas escolares, p. 365.
 Obras de lectura, p. 14.
 Olariaga, Luis.—La Institución Cultural Española, p. 225.
 Opiniones, p. 206.
 Ors, Eugenio d'—Glosas, pp. 31, 169, 172.—José Vasconcelos, p. 338.—Palique, p. 344.
 Ortega y Gasset, acusado, pp. 101 y 159.
 Ortega y Gasset, José.—Sobre todo, que no se reforme nada, p. 136.
- Pacheco, León.—El catálogo de André Gide, p. 279.
 Palabras de oro, p. 304.
 Pallais, A. H.—Versos, pp. 47, 293 y 343.—Palabras de loco, pp. 156, 218 y 263.
 Papeles de la Asociación de Estudiantes Universitarios de Costa Rica, pp. 45 y 368.
 Perseverancia, p. 359.
 Porras Barrenechea, Raúl.—Corazón payaso, p. 13.
 Préndez Saldías, Carlos.—Sonetos del campo, p. 112.
- Quijano Mantilla, Joaquín.—Los retiros, p. 106.—El pañuelo, p. 326.—Los parias, p. 341.
 Quiroga, Horacio.—La oligarquía poética, p. 86.
- Revesz, Andrés.—La labor hispanófila de Carlos Pereyra, p. 226.
 Ríos, Fernando de los.—Predicción de Wilson, p. 353.
 Rodríguez Pintos, Carlos.—Un canto de vida, p. 168.
 Rolland, Romain.—Mensaje a la juventud ibero-americana, p. 350.
 Royo, Jorge Tulio.—Extractos, p. 319.
 Rufino Blanco-Fombona y la crítica francesa, p. 313.
- Sáenz, Carlos Luis.—Versos, pp. 295 y 343.
 Sanín Cano, B.—El instrumento rebelde, p. 149.—Angel Ganivet, p. 264.—Ferdinand Lassalle, p. 305.
 Salas Pérez, J. J.—Versos, pp. 44 y 341.
 Santa Cruz, Mario.—José Asunción Silva, p. 59.—Noticia de libros, p. 303.
 Savitrí, pp. 223, 236, 253 y 286.
 Segura, Manuel.—Versos, pp. 48 y 262.
 Shea, W. E.—La Alsacia-Lorena de Sudamérica, p. 325.
 Silvano, José.—El derecho de conquista, p. 134.
 Solano, Armando.—Nuestra política internacional, p. 316.
 Sotela, Rogelio.—La Doctrina de Monroe, etc. pp. 9 y 41.
- Tablada, José Juan.—Interjecciones, p. 137.
 Tablero, pp. 16, 29, 155, 167, 219, 256, 283, 302, 317, 350 368, y 376.
 Tagore, Rabindranath.—Adiós a Italia!, p. 92.
 Tic-tac.—El maestro Sanín Cano, p. 12.
 Torres Bodet, Jaime.—La vida transitoria, p. 56.—Poemas inéditos, p. 221.
 Torres Rioseco, Arturo.—Motivos, p. 315.
- Un aplauso a Abd-El-Krim, p. 244.
 Un ejemplo raro, p. 238.
 Ugarte, Manuel.—La Democracia en América, p. 209.
 Una carta desconsoladora, p. 215.
 Unamuno, Miguel de.—Saludo a los restos de Angel Ganivet, p. 201.—Unamuno a «El Estudiante», p. 275.
 Unión Latino-Americana, p. 343.
 Ureta, Alberto.—De un diario íntimo, p. 107.—Vanidad, p. 382.
 Uribe, Eduardo.—Versos, p. 38.—Ricardo, atrapador de mariposas o el ciego feliz, p. 90.
- Valle, Rafael Heliodoro.—Cosas de Centro-América, p. 362.
 Varona, E. J.—Un hombre ilustre en la pedagogía cubana, p. 94.
 Vasconcelos, José.—Voces de la Juventud, p. 17.—¡Viva Chile!, p. 49.—Dos mensajes, p. 146.—Optimismo, p. 215.—La religión prostituida, p. 278.
 Velazquez, Edmundo.—Versos, p. 141 y 174.
 Vinyes, Ramón.—Dietario en Zig-zag, p. 227.
 Villaseñor, Eduardo.—Dibujos infantiles, p. 91.—Provincia, p. 363.
 Voces de aplauso y estímulo, p. 181.
- Wood, Ernest.—Párrafos, p. 327.
- Zulueta, Luis de.—El ambiente de Ginebra, p. 21.—Fe, Esperanza, Amor, p. 87.—Angel Ganivet, p. 172.—¡Nada de política! p. 197.—Gobiernos fuertes y gobiernos inteligentes, p. 246.—El educador y el gobernante, p. 309.—La voz de Clavé, p. 329.

Tomo 10

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 1-24

San José, Costa Rica

1925

Lunes 2 de Marzo - Agosto

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *El REPERTORIO AMERICANO de García Monge*, por Edwin Elmore.—*Un discurso que no se pronunció*, por R. Brenes Mesén.—*Sobre un pensamiento de Leonardo de Vinci*, por P. Emilio Coll.—*La Doctrina de Monroe desde un punto de vista subjetivo* (sigue), por Rogelio Sotela.—*El Maestro Sanín Cano*, por Tic-Tac.—*Corazón Payaso*, por R. Porras Barrenechea.—*Obras de lectura*.—*Tablero*.

LA ESTIMACION EXTRANJERA

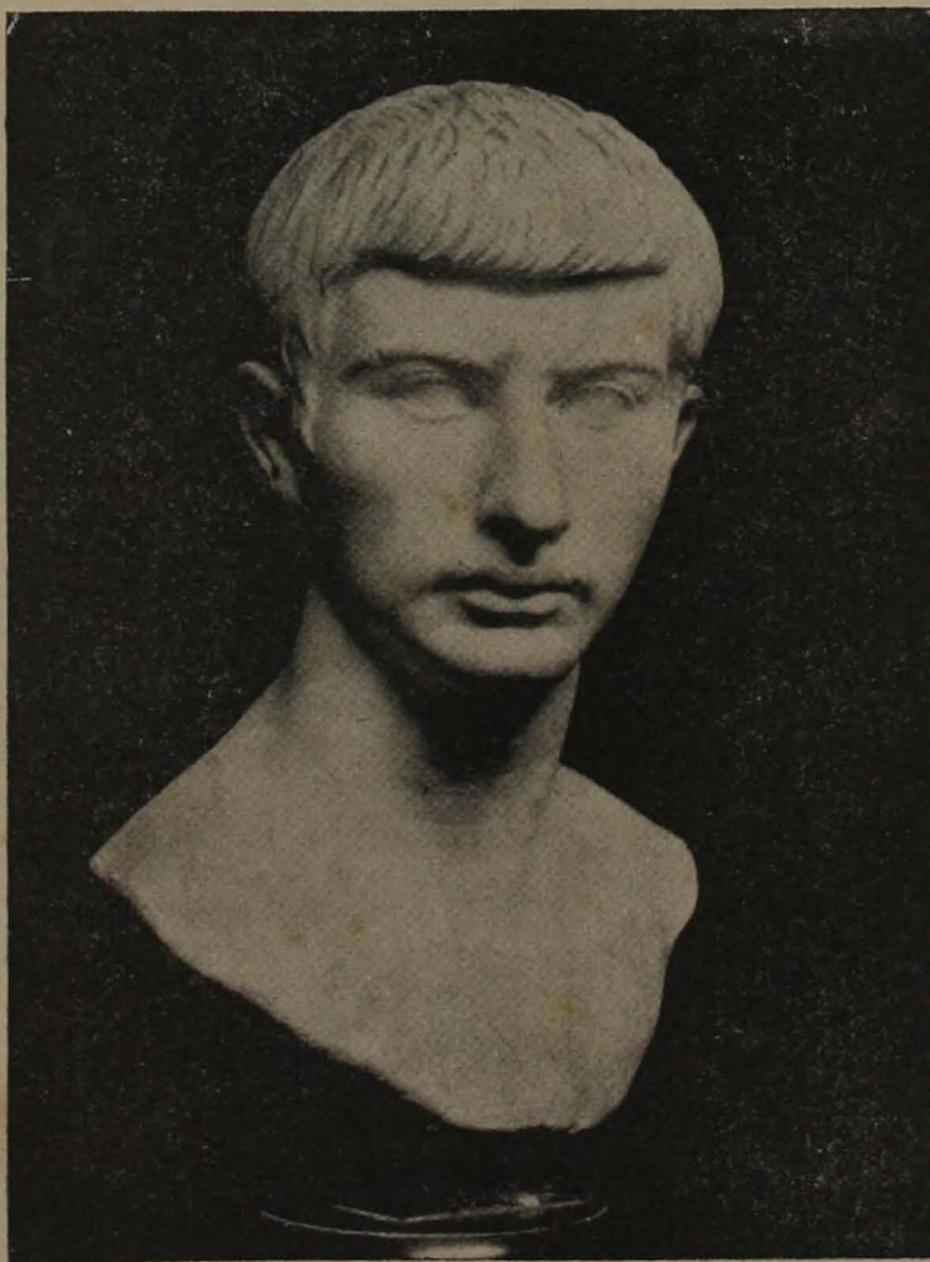
El REPERTORIO AMERICANO de García Monge

(De *Mercurio Peruano*, Lima. Año VII. Vol. XII).

GARCÍA Monge es tal vez la más laboriosa abeja del colmenar de la cultura hispánica. Su REPERTORIO es un panal amorosamente labrado en fina cera, en cuyas celdas vierte la miel de peregrinas flores.

El severo lector perdonará la imagen, más ella se imponía. Y cualquiera que conozca el REPERTORIO comprobará el aserto. Discretamente, sin ínfulas, sin gran aparato ni *réclame* editorial alguno, el gran publicista centroamericano está realizando una labor admirable de tejedor de ideas y de corrientes literarias e intelectuales, y—si no la tiene ya—muy pronto su tapiz adquirirá una riqueza incomparable.

De la producción intelectual—o más propiamente espiritual—de España y de América, García Monge nos ofrece sabrosa sinopsis. Sus cuadernos equivalen a ideales certámenes en los que tercián las mentalidades de más avaluado valor, capaces de conferir a la gran comu-



Antes le envié a César, 'querido García Monge, ahora le envío en efígie a Marco Bruto después de haber pasado largo tiempo mirando aquel hombre flaco y pálido, como lo adivinó Shakespeare, y tras meditar mucho ante las mismas gradas de mármol del Foro donde cayó César, su amigo, y donde hay siempre una corona de laurel vivo como las águilas y la loba del Capitolio.

C. HISPANO.

Roma, noviembre 7, 1924.

nidad hispánica una voz articulada, clara y poderosa. Desde don Miguel de Unamuno—que tiene algo de Sócrates y mucho de Fray Luis en esta hora sombría para la Península—hasta los modestos y recién llegados espíritus que traen su palabra para agregarla al gran poema épico de la formación de nuestra raza espiritual, todos los valores literarios de nuestro mundo cultural en formación encuentran eco y tribuna en su generoso y hospitalario hogar de hombre de letras, no desprovisto—como tantos de los que hoy se llaman escritores—de doctrina, ni de orientaciones, ni de ideal. Allí hablan, como en un areópago que supera a todos los parlamentos nacionales (donde no suelen predominar la inteligencia y el buen sentido), allí hablan los verdaderos espíritus dirigentes de la raza; los hombres que, en medio del desbarajuste de la época, conservan, como un tesoro, la esperanza del orden, el vivo anhelo de redimir de la chabacanería, la inconsciencia

y la miseria moral, a las grandes mayorías, pugnando por inculcar a las gentes impermeables a los sutiles juegos de la cultura moderna—única cosa capaz de salvarnos del abismo en que nos hizo caer la civilización materialista—el sentido, aún difícil, de una nueva civilización. Entre las revistas que se publican en América es tal vez el REPERTORIO AMERICANO la que mejor se presta para seguir las trazas de los esfuerzos primeros que en nuestro mundo cultural se hacen para impulsar las nuevas ideas salvadoras. En ese ideal recinto de elocuencia sin retórica se suceden las oraciones fervorosas y viriles de los más altos hombres representativos de la España nueva: Ortega, Azorín, Maeztu, Zulueta, Alomar, D'Ors, Pérez de Ayala, Gómez de Baquero, Luis Araquistain y tantos otros verdaderos propulsores de los ideales modernos; con frecuencia eficaz y saludable, se deja oír la voz de los *leaders* del pensamiento americano: Varona, Caso, García Calderón, Vasconcelos, Sanín Cano, Alfonso Reyes, Henríquez Ureña, Lugones, Ingenieros, Rojas; y al lado de éstos, que merecen el dictado de maestros, la palpitante inteligencia de los nuevos, el sutil análisis y el entusiasmo constructivo de las generaciones que han sufrido la plaga de la educación positivista y han recibido como herencia un mundo en caos a la mitad del camino de su vida.

Bajo apariencias de cierta abigarrada dispersión ideológica, el REPERTORIO tiene su derrotero firme y acertado, y es de desear que el concierto que la sencilla revista costarricense ha logrado realizar en el papel, pueda un día cobrar realidad y vida en los hechos, en los principios y en las leyes que han de forjar el porvenir de nuestra América.

EDWIN ELMORE.

Un estante de obras escogidas

En la Administración del "Repertorio Americano" se venden las siguientes:

Hugo de Barbagelata: <i>Una centuria literaria</i> (Antología de poetas y prosistas uruguayos).	₡ 7.00
Kahlil Gibrán: <i>El loco</i>	1.00
Paul Gerdary: <i>Tú y yo</i>	1.00
Homero: <i>Ilíada</i> (2 tms., pasta).	6.00
Tolstoi: <i>Los Evangelios</i> (1 tom., pasta).	3.00
Dante: <i>La Divina Comedia</i> (1 tom., pasta).	3.00
E. Díez Canedo: <i>Sala de retratos</i>	1.00
Platón: <i>Diálogos</i> (3 tms., pasta).	9.00
Fray Luis de León: <i>Poesías originales</i>	1.25
B. Contreras: <i>Antología de poetas italianos</i>	0.75
Eurípides: <i>Tragedias</i> (1 tom., pasta).	3.00
Tagore: <i>Jardinero de amor</i>	2.25
Bolívar: <i>Discurso en el Congreso de Angostura</i>	1.50
Homero: <i>Odisea</i> (1 tomo pasta).	3.00
Diego Carbonell: <i>Reflexiones históricas</i>	3.00
R. Heliodoro Valle: <i>Ánfora sedienta</i>	3.00
Ml. Magallanes Moure: <i>Florilegio</i>	2.00
Isaías Gamboa: <i>Flores de otoño y otros poemas</i>	2.25
Omar Kheyyám: <i>Rubayát</i> . (Trad. directa de V. García Calderón).	0.50

Lector: Si quiere usted proteger eficazmente al *Repertorio Americano*, suscríbase! Las cuatro entregas mensuales: ₡ 2.00.

Un discurso que no se pronunció

Con este artículo, una carta del señor Brenes Mesén al señor García Monge, fechada en la Universidad de Syracuse, a 4 de enero de 1925. Y de la carta, estos fragmentos:

«Aquí tiene usted algunas páginas para replicar a algunos de los puntos del discurso del señor Ministro. No es posible hacer explicaciones técnicas para sacarlos de error. Ni mis ocupaciones aquí ni mi deseo de no intervención en la Pedagogía reinante en ese país me dan holgura para exponer principios».

«Su REPERTORIO es con frecuencia muy interesante. Su reproducción del discurso de Tagore me pareció muy bien hecha: por las ideas y por la oportunidad».

Señores:

Habéis oído las palabras del Ministro de Educación Pública. Ya sabéis lo que intenta hacer y no hacer, dentro del círculo de sus atribuciones. El no sabrá ejercer una dictadura intelectual. Oirá las palabras de quienes saben, probablemente con la misma atención que ha prestado a quienes ignoran. Sus palabras son sinceras. Cuanto expresó vínole de lo hondo de su convicción. Por eso vengo a comentar su discurso.

Quiere el señor Ministro apartar la educación pública de todo sectarismo religioso, político o filosófico. Declaración fútil. ¿A qué fué el Ministro a la Cámara de Diputados? Ha defendido allí una educación racionalista. ¿Qué han pensado los católicos del país? «He ahí un sectario del racionalismo». Ante sus varios párrafos zebraados de liberalismo, los conservadores, extendiendo el índice: «Ahí está un sectario liberal», han murmurado. Pero ¿qué? ¿Este Ministro que sale del profesorado, que hizo buenos estudios de leyes, carece de una filosofía de la educación, y de una filosofía de la vida? Defiende una educación práctica. Es, pues, un sectario del pragmatismo norteamericano. ¿Tiene el señor Ministro un criterio acerca de lo que debe ser la educación pública? Diga cuáles son esos fundamentos y yo le clasificaré en la correspondiente secta. Y si tratare de encauzar las actividades educacionales del país de conformidad con su criterio, ¿en dónde queda su promesa de apartarse de todo sectarismo? Además de fútil la declaración es un lugar común de los políticos que no quieren asumir responsabilidades por el tinte de su pensamiento. Para ser populares se hacen incoloros. Los más son, no se hacen, incoloros.

¡Los intereses culturales! dice el señor Ministro. ¿Cuál cultura puede existir sin una filosofía, sin una religión, sin un ideal político? Lo que el señor Ministro intentó decir es, probablemente, que en el ejercicio de sus funciones estaría animado de un sereno espíritu de tolerancia. ¿En oposición a qué o a quién? Ninguno de sus inmediatos predecesores fué fanático sectario. No sé que se haya hecho ese cargo al señor Obregón, ni al señor García Monge, ni al señor Alfaro.

Al señor García Monge se le acusó de formar parte de una «argolla pedagógica», ese «crimen» de que habla el señor Ministro. *Sancta Simplicitas!* El señor García Monge, uno de los entendimientos más eclécticos y mejor cultivados de ese país, hace mucho tiempo trascendió aquella pedagogía que hacía las delicias del actual señor Ministro por los años de 1895 a 1904, periodo durante el cual ejerció su gamonalato pedagógico, con merecimientos bastantes para ello, por haber sido la inteligencia mejor preparada entre las del grupo de inspectores de la época.

El señor García Monge así como el señor Omar Dengo saben bien que hay una Ciencia de la Educación, sujeta a la observación y a experimentación. La vieja pedagogía nada tiene que ver con ellos. Si la expresión se usa para designar

(Pasa a la página 7.)

Sobre un pensamiento de Leonardo de Vinci

=Página leída por el autor en el acto literario que se efectuó el sábado 17 de enero de 1925 en el Salón de Exámenes de la Universidad Central de Caracas, con motivo de la III conferencia correspondiente a la serie organizada por el Centro de Estudiantes de Derecho=

Señor Rector, damas y caballeros:

Os agradezco profundamente, por mi parte, vuestra asistencia a este platónico entretenimiento.

Jóvenes estudiantes:

No soy orador, puesto que, además de otras excelencias, me falta en absoluto el don de exaltar a las multitudes con la riqueza sonora del verbo. Tampoco soy conferencista, porque carezco igualmente de la fértil memoria que, apoyándose en simples notas o apuntes, recorre segura el hilo de una disertación, hasta producir en el auditorio la certeza de que se improvisa sobre un tema. Sencillamente, no paso de ser un lector, como lo veis ahora y lo fui siempre, aun durante mis intermitentes apariciones de aficionado a las letras. En realidad cuanto he escrito para el público han sido glosas de lecturas, ya de libros, ya de los jeroglíficos y enigmas que la vida teje en la trama confusa de los días.

Lo que sí es inaudito es que me haya atrevido a aceptar la generosa invitación que, a nombre vuestro, me hizo el excelente poeta y condiscípulo de vosotros, Pedro Sotillo, una tarde en que casualmente nos encontramos bajo uno de los árboles de la Plaza Bolívar, irónicos testigos de tantas ocurrencias caraqueñas. Si vuestro camarada, buen observador como es, se fijó en mí, en ese instante, notaría en mi rostro una súbita vergüenza. Y es que su invitación, para esta incoherente plática, evocaba en mí el recuerdo de que fui un pésimo estudiante de Derecho que, apenas remontaba la cuesta del Código Civil, cayó perezosamente rendido, para entregarse a vanos sueños.

Sin embargo, aunque sin título alguno y non tan poco limpias credenciales estudiantiles, yo me he sentido siempre un poco universitario, siquiera por haber pasado muchas de mis mejores horas de juventud en estos venerables claustros. Hoy mismo, cuando siento caer sobre mis canas la penumbra de los corredores de nuestra Universidad, mi corazón palpita como en lejanos años. Mi mejor disciplina intelectual es aun la que exhalan la sabiduría y la suave sonrisa de mis viejos maestros, tan graves bajo el sombrero de copa y el traje ceremonioso, según uzanza de aquella época, pero tan tolerantes con nuestras bulliciosas locuras, cual corresponde a los que saben descubrir, en la algarabía de un plantel de adolescentes, las voces que se están armonizando para el himno del porvenir.

Otro concepto, de orden ético, adquirí desde entonces, en medio del olor de los nobles árboles de estos patios y del aroma añejo de sus aulas: el de que no sólo es nuestra Universidad la Casa de las ciencias, sino un seminario de la indispensable solidaridad nacional, puesto que, con frecuencia, en sus cátedras, se atan, entre estudiantes venidos de todas las regiones de la patria, vínculos que perdurando durante el



LEONARDO DA VINCI

resto de la existencia, constituyen un venero de comunes recuerdos e ideales, a través del espacio y del tiempo. De manera tal que si fuese posible que nuestra Universidad desapareciera definitivamente un día, con ella moriría la cédula social que mejor mantiene y fomenta uno de los sentimientos fundamentales de la conciencia nacional.

Y a propósito de tiempo, comprendo que abuso del que me ha concedido vuestra benevolencia. Llegó la hora de pedir perdón y de hacerme perdonar de vuestros profesores. ¿Porque, qué dirán ellos y qué diréis vosotros al ver discurrir aquí, en un centro de laboriosos estudiantes, al perezoso discípulo de antaño? Pero vosotros, por vuestra amabilidad, sois mis cómplices y sin duda me guardaréis el secreto de esta desordenada lectura, que he de hacer lacónica, único mérito que recomiendo a vuestra paciencia, acerca de un tema que, que aunque a distancia, creo que tiene alguna relación con las disciplinas en que en breve daréis nuevos lauros al Foro venezolano.

Más enigmático que su propia Gioconda, es aquel inmortal Leonardo de Vinci, cuyos manuscritos tenemos que descifrar con un espejo, donde, refle-

jados a la inversa de como fueron trazados, podemos leerlos según nuestros hábitos occidentales. Pues, por sabido se tiene, que Leonardo escribía de derecha a izquierda, sea porque fuese zurdo, porque le agradase la manera oriental de escribir en esa forma, o bien porque, a causa de las circunstancias de su época y de su carácter, quisiera hacer de ese modo sus doctrinas más discretas o recónditas.

Tanto como contemplando la boca sinuosa de su Monna Lisa y sus ojos ligeramente sesgados y sin cejas, podemos entregarnos a toda suerte de suposiciones al margen de los manuscritos de Vinci, que se guardan en la Biblioteca Laurentina, de Florencia, o en el Instituto de Francia. Tal me ocurrió con aquel apotegma suyo, conciso y geoméricamente delineado, según sus gustos y estudios: «Naturalmente, toda cosa desea conservarse en su esencia». Apotegma que apenas completa, en otra de sus notas, cuando compara el río que corre sin desviar el curso de sus aguas, a la disposición que todo en el universo tiene a mantenerse en la integridad de su ser.

Leonardo, que en la pintura fué el creador del *sfumato*, del claro-oscuro, y que amaba los matices más que el color desnudo, en sus *Tratados* advertía que no los leyeran quienes no fuesen matemáticos, porque «él lo era siempre en sus principios». Con esos contrastes espirituales nos revela Leonardo un aspecto de las complicaciones de su alma, en la que se combatían la precisión científica y los métodos extraídos de la experiencia, con el misterio que envuelve la elaboración de la obra de arte y la vida del hombre indagador de su destino.

¡Cuántas cavilaciones no provoca el Cristo de su famosa

Cena, demasiado humano, en su desdeñoso presentimiento de la traición, y a un tiempo ya en el éxtasis de su divina tragedia! ¿No han visto ojos mortales en su *San Juan* como una inquietante y lejana sonrisa de joven fauno? A parecidos extremos ideológicos convergen muchas antimonias de sus aforismos, cuando no divergen de un vértice ideas que parecían inseparables, prestándose con ello a libres ejercicios mentales, por la independencia en que nos abandonan, como algunos *Pensamientos* de Blas Pascal, en quien se aunaban también el genio matemático y las más audaces vistas filosóficas.

«Naturalmente, toda cosa desea conservarse en su esencia». Séame perdonado la irreverencia de esta breve meditación al borde de ese esquema leonardino, aún a riesgo de apartarme de su sentido exacto y de extraviarme en las oscuridades.

En la naturaleza, al alcance de nuestras percepciones, todo, por el hecho de propender a mantenerse en su esencia, tiende por lo mismo al reposo. Todo en el universo parece, en efecto, preferir la estabilidad, pero esa tendencia conduciría a la muerte, si ella misma, para su propia defensa, no produjera el movimiento y la acción. El querer perpetuarse todo en su esencia es causa así, por las mutuas reacciones de los seres y las cosas, del dinamismo general del mundo, origen del desenvolvimiento de la inteligencia y de toda civilización.

El hombre no despertaría acaso de su quietud si lo que le es adverso no lo obligara, a cada momento, a reaccionar contra lo que pugna por despojarle de su íntima esencia o desalojarle de la posición adoptada, pasando así del estado estático al dinámico. Padeceríamos quizás de modorra sentimental si el corazón se sintiera herido únicamente por la flecha de la belleza y nunca por la brutal agresión de la fealdad. La absoluta sumisión al medio sería fatal al individuo y a la especie. Y es lo peor que esa sumisión puede ser fácilmente acogida por nuestra ingénita inclinación a la pasividad. Tal vez las doctrinas deterministas,—muy siglo XIX—negadoras de la voluntad y por consiguiente de la responsabilidad, son generalmente aceptadas más por esos cómodos motivos que por las cantidades de verdad que puedan contener. Fenómeno que, por lo demás, ocurre también con otras doctrinas, merced a las cuales podemos disculpar la inacción de no pocas porciones de nuestra existencia psicológica y física. Por otra parte, sería previo averiguar si el medio circundante comprime del mismo modo a seres y cosas, si obra uniforme e igualmente sobre todos ellos. Parece más bien que los seres animados, de acuerdo con su peculiar estructura biológica y necesidades vitales, poseen del medio nociones distintas, según los favorezca o los impela a resguardarse de sus rigores. Y no es aventurado opinar, como simple parecer de diletante, que en la escala animal el medio aparece fragmentado en zonas, según los órganos capacitados para conocerlas y utilizarlas en la especial subsistencia de cada ser o especie. Ceñida la periferia de nuestro cuerpo por los objetos y sucesos productores de nuestras sensaciones, no percibimos el ambiente en su totalidad, sino seleccionado por los puntos de la sensibilidad predispuestos a recogerlo. No es ninguna novedad añadir que objetos y sucesos no interesan por igual a todos los hombres, ni a éstos del mismo modo en cada momento. La sensibilidad, la imaginación, el intelecto de cada persona, no son excitados por las mismas antenas del ambiente, del contorno vital. Y no es paradójica, a mi juicio, considerar el medio más como una noción subjetiva que puramente objetiva.

Pero, perdiéndome en estas fatigantes divagaciones, me alejo del tema principal de esta lectura, que urge concluir.

La inmemorial lucha de los hombres y de los pueblos nace, pues, de su voluntad de conservar sus propias esencias, y el no lograrlo por completo y exclusivamente hace posible la consistencia de la sociedad. La justicia, en su forma más per-

fecta, es la manera de coordinar esos naturales antagonismos, pues la justicia, como cada cual la concibe para sí mismo, suele ser suprema injusticia para los demás. Así la justicia, articulada de los códigos o reglamentada por las costumbres, es base del relativo equilibrio entre los individuos, y para las colectividades es forma también más extendida de conservarse en su esencia, esto es, dentro de un molde que aspira a mantenerse invariable.

Adheridos a los sentimientos pacifistas, en los que se condensa nuestro amor a la estabilidad, no vacilamos en emplear la violencia para hacerlos victoriosos. Como se vió en la pasada conflagración europea, cuando cada país presentaba al vecino una rama de olivo, mientras ocultaba con otra mano la espada desenvainada. Amamos la libertad, pero ilimitada y según las pretensiones de nuestra peculiar esencia, que no se detiene sino en la valla o coto de la igual predisposición del prójimo. Porque el hombre es un animal jacobino, por fortuna casi siempre desarmado, que, en la práctica, no encuentra del todo mal la fórmula del Terror de 1793: «Sé mi hermano o te mato».

Circundados los hombres de fuerzas cósmicas, que desenvuelven sus esencias sin cuidarse de nosotros, para dominarlas y sostener las nuestras indagamos sus intenciones y secretos, con sutil maquiavelismo aprovechamos la discordia de los elementos y las guerras que suelen hacerse entre sí, por la misma ley que rige la conservación de su esencia y utilizamos sus energías, a veces furiosas, en las aplicaciones industriales y en el fomento de nuestro bienestar.

Nuestro amor al reposo, nuestra pereza, nos hacen diligentes, cuando en persecución de regocijada ociosidad, nos sometemos, más o menos mansamente, a los más duros trabajos. Inventamos, por deseo de quietud, máquinas que hagan innecesario el esfuerzo de nuestros brazos. Concebimos muelles sistemas de locomoción que supriman, en lo posible, nuestros movimientos musculares, y que, como el automóvil hagan de la velocidad un juego y de la prisa la ocupación de las horas desocupadas. Concebimos igualmente instrumentos musicales que nos deleiten sin afanes de aprendizaje, como la pianola, que más que la intervención del cerebro, requiere la ligera colaboración del pie. Con el cinematógrafo, viajamos cómoda y económicamente, y sin movernos de nuestro asiento, visitamos urbes magníficas, asistimos a fiestas mundanas, volvemos a ser, al influjo de paisajes iluminados por la luna, ingenuamente románticos, o, después de seguir la historia de algún niño robado por apaches o la de una doncella víctima de la concupiscencia de un bandido elegante, celebramos complacidos el castigo de los malhechores y el triunfo de nuestra moral teórica. El progreso moderno, de que es paradigma el de los Estados Unidos de América, está constituido, en gran parte, con esas artimañas de nuestro ingenio sedentario o adecuado a nuestra esencia. Y si el ideal comunista no ofreciera peligros en su implantación y no temiéramos a la dictadura del proletariado, acaso todos seríamos comunistas, para tener, en la ciudad roja, pan, habitación y música gratuitos y gozar de la rutinaria tranquilidad de nuestra persona, apenas interrumpida por los caprichos de las Evas, no siempre dispuestas a repartir sus gracias y hermosuras, por partes iguales, entre los Adanes de ese utópico paraíso.

Afortunadamente, la multiforme y misteriosa naturaleza, con sus propios medios se vale del querer cada cosa mantenerse en su esencia, y por consiguiente de su discordia, para poner en movimiento el maravilloso conjunto del universo y hacer la acción ilimitada y eterna.

Jóvenes estudiantes y amigos:

Como no seréis, lo espero, taimados picapleitos, ni maño-

esos navegantes en mares de aceite, os recomiendo que frecuentéis el pensamiento y el ejemplo de Leonardo de Vinci, pintor, arquitecto, escultor, ingeniero militar, inventor, autor de Tratados de arte, de anatomía, de química, de geometría, de balística y en fin, maestro de lira.

El, en el Renacimiento, como Goethe en edad más reciente, es uno de los extraordinarios arquetipos de la humanidad. Ambos salvan la distinción de ciencia y arte, de realidad y poesía y los colocan en el mismo cauce, que es el de la cultura simultánea y coordinada de todas nuestras potencias y facultades. Ambos realizaron el milagro, por decir así, de comprenderlo todo, sin nada despreciar, ni caer en el escepticismo, que es el peligro de las inteligencias demasiado sensibles a las infinitas y contradictorias esencias de la vida, de aquellos que se adormecen en la almohada de la duda como mi dilecto Miguel de Montaigne.

Ninguno mejor que Leonardo para regular las pasiones y sustentar la ecuanimidad indispensable en vuestra profesión, que tanto se roza con los problemas del espíritu. Lo que le hace más singular y excepcional es, precisamente, que, con obstinado rigor, sometía las complicaciones de su alma, su profusión de conocimientos, ideas y aptitudes al imperio de su razón clara y armonizadora y a su ponderación incomparable. *Hostinato rigore* era su divisa. Con humildad de verdadero sabio reconocía un orden perfecto en la naturaleza. Con moderación restablecía la unidad en el caos de las apariencias materiales y reprimía los tumultos de la conciencia.

Suya es aquella invocación, que el creyente y el incrédulo pueden pronunciar con igual fervor, dirigiéndose a un Dios o a una Energía creadora:

«Admirable justicia es la tuya ¡oh Causa Primera! Tú no has permitido a ninguna fuerza faltar al orden y a la cualidad de sus efectos necesarios».

PEDRO-EMILIO COLL.

(*El Universal*, Caracas).

**¿Quiere Ud. vestirse con elegancia
y economía a la vez?**

Lleve un corte y \$50.00, y con prontitud y esmero
le harán el vestido que Ud. necesita
en la

Sastrería LONDRES-PARIS,

75 varas al Sur de la Imprenta Alsina

ESTUDIOS EN LONDRES
Y LARGA EXPERIENCIA

LADIES AND GENTLEMEN TAILOR

ENGLISH SPOKEN

Doctor CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Un discurso...

(Viene de la página 4).

un círculo de personas bien informadas en materias de educación, llamar su existencia un crimen pareceme insensato. Mas si se pretendiese con la expresión designar un grupo arrebatado de hombres que insensibles al bien de la educación sólo ambicionasen distribuirse un presupuesto, entonces lo criminal es la acusación.

Cuando se trata de realizar una obra que exige la cooperación de varios individuos, ¿se les busca sin discernimiento alguno o se requiere un criterio para ello? Al señor García y al señor Dengo se han asociado los que comprendiendo sus miras, simpatizaban o creían simpatizar con ellas. Pero ni el señor García ni el señor Dengo disponen del poder para hacer prosperar los intereses personales de nadie, ni los principios de tolerancia y de humanidad que les conozco les permitiría andar por ese atajo.

A mí se me acusó de ejercer la dictadura intelectual. Siento profundamente que no fuera ese el caso. Mi obra no estaría hoy a merced de plebeya insuficiencia. *La Gaceta* de 1910 a 1914 estaría desbordándose de acuerdos y decretos. Yo no pensaba en la historia. Yo pensaba en las generaciones de jóvenes y en los maestros. Mi propósito fué construir una obra, no labrarme una reputación. Yo fui a los hombres, les hablé, les expuse ideas, les invité a pensar y discutir. La pereza de pensar puso a muchas gentes de acuerdo conmigo. Su negligencia fué, no mi dictadura.

Los programas de 1917, en tesis general fueron propuestos a una comisión nombrada por el Sub-secretario González Flores y en presencia de este funcionario en 1915. Aspiraba a que la obra se realizase, no ambicionaba hacerla yo. Pero entonces comprendí que si esa labor debía ejecutarse, yo había de realizarla por entero.

Se me acusó de sectarismo. Pero ¿quién lo ha probado? ¿A qué persona incapaz puse yo en posición oficial, o promoví por el mero hecho de aceptar las doctrinas que yo aceptaba? ¿A quién destituí por oponerse a ellas?

El señor Presidente Jiménez estaba allí para ver toda mi actuación y él tuvo, más de una vez, fedantes pruebas de mi probidad intelectual y moral en el desempeño de mi cargo.

Pero paso a otras cuestiones...

El señor Ministro dice: «hacia muchos años que no se estrenaba una escuela». ¿Cuántos años? ¿Pues no habían estrenado Cartago y San José sólidas y buenas escuelas contratadas en la administración del señor Jiménez? ¿Y todas las escuelas de madera construídas entonces ¿fueron nada? Ya que sirve el señor Ministro en la segunda administración del señor Jiménez haría bien en estudiar lo que se llevó a efecto en la primera.

El señor Ministro sale a la defensa de una parte de la obra educacional del país citando ocho nombres y los innúmeros anónimos que honran la enseñanza nacional. Esto es infantil, a fuerza de ser impolítico lugar común. Luego pasa a defenderla contra la censura de ser ella caótica—«unos programas... que no son programas». *Sancta Simplicitas!* ¿Dónde está esa evolución de los conceptos para el señor Ministro? ¿De suerte que los programas deberán ser siempre como aquellos de 1899 y 1900? El señor Ministro está obligado a saber de esto mucho más. Deje esas banalidades para maestrillos de apartados distritos rurales y levántese a la concepción de lo que se desea cuando se habla de un programa de educación primaria. Todo cuanto el señor Ministro dice acerca de esos programas vigentes me revela que carece de la información

necesaria para apreciarlos. Allí donde las pocas gentes bien preparadas han podido ver con claridad un camino, el señor Ministro ve «borrosos trazados de vías culturales». Quizá si el señor Ministro haya tenido tiempo para leerlos, pero estoy seguro de que no ha consagrado una hora a digerirlos y asimilarlos. Y esto sería indispensable si intenta hacer que se ponga mano en ellos. Quiere mejorar. ¿Cómo va a mejorar? La posición de Ministro da la autoridad gubernativa, pero no da la otra, la que viene de adentro. Mientras el Ministro no consagre los necesarios esfuerzos intelectuales a comprender el plan imbíbido en esos programas—podrá modificarlos—mejorarlos no.

La lógica que conoce el señor Ministro es la de los antiguos programas. Para él la Lógica es probablemente una forma estereotipada de expresión del conocimiento y no un proceso psicológico. Por eso no encuentra como puedan organizarse *lógicamente* las «naciones de cada materia de estudio» en torno de los tópicos.

Todo esto produce un extraño sentimiento de asombro y de confusión en mí. ¿Cómo es posible que un hombre de la experiencia educativa del señor Ministro esté aún en esas dificultades e incomprensiones? Vuelva, pues, a las asignaturas. Eso es claro y sencillo. Eso es encadenamiento lógico. *Sancta Simplicitas!*

Pero ¿dónde principia la cadena lógica? Allí donde se ofrezca un problema concreto de la vida allí se abre el primer eslabón de la cadena lógica, allí está el arranque de un vuelo de la imaginación, allí se levanta la antena por donde puede descender una intuición. Esos sectarios del racionalismo en la educación no tienen derecho a hablar de educación integral. ¡El hombre íntegro no es razón pura!

No! No. El estudiante no ha degenerado. Han degenerado los maestros y los profesores que no saben inspirar, por su honda y vasta preparación, por su amor a la ciencia y a las artes o la filosofía, por su interés personal en los alumnos, la devoción de éstos. Las nuevas generaciones, como yo las conozco allá, acá, acullá, son más brillantes, de más rápida comprensión, de mayor inteligencia de la vida que todas *nuestras* generaciones. Profesor que dicta año tras año un mismo cuaderno de nociones con unos mismos juicios y unos mismos datos, aunque recientes investigaciones hayan transformado todo eso, jamás podrá descubrir ni ayudar a formar sólidos talentos, de original inventiva. Si surgen, todo se lo deberán a sí mismos o a la educación del medio intelectual en que viven.

Allí donde un maestro de verdad levanta la cabeza, allí hay discípulos prontos a seguirle, a sacrificar sus horas de ocio por una hora en su compañía. Los maestros que no se renuevan a sí mismos, que no crecen ni florecen con los años, degeneran y rebajan las generaciones que les toca en suerte educar.

Es posible que no abunden los alumnos que no desean surgir como los primeros de su clase. ¿Pero hasta donde son de culpar las doctrinas igualitarias y democrátizantes que absorben en ese medio tan propicio a la demagogia? Pero esto es largo de discutir. E inútil!

Se lamenta el señor Ministro de que se hayan tratado de adaptar a ese país las «conquistas pedagógicas» de otros países, sacrificando con ello la función de enseñar seriamente las materias indispensables en la vida práctica del hombre».

¿Esto último es «conquista pedagógica» nacional? *Sancta Simplicitas!*

¡Pero si ese, como muchos otros países, tendrá que continuar haciendo indiscretas adaptaciones, si desea hacer una vida civilizada, hasta el momento en que sus hombres de ge-

nio y sus riquezas le permitan implantar indiscretas invenciones originales! ¡Ha tenido que adaptar una lengua, una religión, un gobierno, un conjunto de instituciones sociales y gubernativas! Sin tales adaptaciones, los habitantes de ese país vivirían como los talamancas y los güetares de hace cuatrocientos años.

Indiscretamente han introducido el automóvil, sin tener caminos. ¿Pero cuál será la consecuencia? Que concluirán por tener calles y caminos para los automóviles, como acabarán por tener maestros capaces de dar vida a las nuevas conquistas educacionales.

Aprender jugando constituyó el subordinado principio que inspiró gran parte de las actividades de los jardines infantiles. El señor Ministro no ha sabido ver que el principio cardinal es *aprender haciendo*. Ese aprender haciendo constituye el fundamento de toda la educación industrial a través de las civilizaciones. En laboratorios y talleres tal es el principio dirigente. ¿Por qué no en la educación? Lea a la luz de este principio los programas vigentes en ese país y todo se le hará más claro. No verá allí una adaptación de una conquista educacional, verá un principio humano, actuando allá como actúa donde respiran los hombres.

El señor Ministro, encariñado con la pedagogía, y no con la ciencia de la educación, se rebela contra la sugestión, como poder educativo. ¡El quiere que los maestros enseñen! ¡Enseñar! Pero ¿qué maestro enseñó algo en su vida, si no fué haciendo o poniendo a hacer? Hablar es sugerir. Y mi palabra ante un conjunto de estudiantes, nada les enseñará, si no les hace pensar, si no les invita a ensayar, a realizar, a hacer.

El señor Ministro «quiere conservar todo lo que sea posible conservar para mejorarlo». Pero ¿cómo el señor Ministro va a mejorar? Va a retrotraer las cosas a donde estaban hace veinte años. ¡Y eso es todo! El discurso del señor Ministro dice bien a las claras que no sabrá mejorar. Dice más, que dejará toda la obra en manos de los maestros y de los jefes y «aun de la Secretaría». Pero ¿ha olvidado el señor Ministro que los maestros jamás llegan a un acuerdo? ¿Ha olvidado que tienen miedo de opinar de otra manera que los jefes? ¿Ha olvidado que «en conjunto, como conjunto», son incapaces de mejorar nada de lo existente? ¿Ha olvidado que los maestros piensan en el grado que tienen, y los directores en las escuelas que rigen y los inspectores en el circuito que visitan y que ninguno contempla los vastos horizontes de la totalidad? ¿Que ninguno se da el trabajo de mirar hacia adelante, a distancia de dos generaciones? ¿Que ninguno se plantea los problemas de educación nacional en vista de ese doble fin nacional e internacional, que constituye en Costa Rica, por la naturaleza de su posición geográfica, el verdadero objetivo de la educación patria? Lea el señor Ministro esos programas vigentes con un criterio de estadista—y no de maestro de escuela,—y comprenderá cómo las grandes líneas de esa obra no deben dejarse al arbitrio de maestros de escuela. Ponga un ejemplar de los programas rurales en manos del Presidente de la República. Su mirada de estadista reconocerá un ideal que juntos, él y su en otro tiempo Secretario de Instrucción Pública, acariciaron como provechoso para la nación entera.

Bien haya la Escuela Normal que desenvuelve en sus alumnos la confianza en sí mismos. Esa es la confianza de los hijos de la raza de descubridores, y conquistadores. De la juventud es la osadía. La presunción, en su rostro, no tiene arrugas. Hijos de la Escuela Normal, en alto el estandarte, ante la brisa o el huracán. Amadla con esa sagrada devoción de quien piensa que no hay nada mejor en la amplitud del mundo. Consagradle vuestros más altos pensamientos. Proponed ejecutar una buena obra, o una bella obra en su nombre

y para su honra. No empañéis vuestra reputación para que no se refleje su mancha en la luz materna. Aspirad, surgid, trabajad con ahinco para que la flor de gloria que agracie vuestras sienas flordelise el dosel del trono donde se asienta vuestra Alma Mater.

La hora de la humildad vendrá. Cuando al considerar lo que hay por hacer en el mundo os deis cuenta de que vuestra obra, con ser bella y con ser buena, todavía fué pequeña. Será esa una humildad dulce, sin abatimiento. Antes bien, con la apacible satisfacción de haber hecho cuanto mejor pudisteis. Y qué encanto tendrá entonces vuestra humildad. Os saldrá del alma, como en otro tiempo os brotó la ola de arrogancia, el fulgor de la osadía.

Y haced otro tanto vosotros, los que crecéis al abrigo de otra Alma Mater.

Cese aquí mi discurso.

ROBERTO BRENES MESÉN

Syracuse University,
enero 3, de 1925.

La Doctrina de Monroe desde un punto de vista subjetivo

(Viene de la entrega 23 del tomo anterior).

Aplicación de la Doctrina

Los gobiernos de Europa han llegado a darse cuenta de que la política declarada por Monroe es un hecho persistente y continuo que han de reconocer en las controversias con los países americanos.

En 1903, el duque de Devonshire declaró que «La Gran Bretaña acepta la Doctrina de Monroe sin reservas». (1)

Cuando Alemania, La Gran Bretaña e Italia se unieron para obligar a Venezuela, por medio de fuerzas navales, a que accediera a sus demandas, y el gobierno alemán manifestó a los Estados Unidos que se proponía tomar medidas coercitivas para hacer valer sus reclamaciones por daños y perjuicios y por cobro de sumas de dinero contra Venezuela, los Estados Unidos prestaron sus buenos oficios para que se conviniera en una serie de arbitrajes en sustitución al recurso de la fuerza que las potencias aliadas habían resuelto emplear.

Observemos que los Estados Unidos tomaron esta intervención a solicitud de Venezuela. Esta observación es muy constante en la historia política de la América Española, como se verá.

En 1848 el presidente James K. Polk envió un mensaje especial al Senado que debe leerse con atención para derivar de allí consecuencias interesantes. Dice en parte: «Someto a la consideración del Congreso varias comunicaciones recibidas en el departamento de estado, del señor Justo Sierra, comisionado de Yucatán, y también una comunicación del gobernador de ese estado en que se pintan las condiciones deplorables a que ha quedado reducida aquella comarca por la insurrección de los indios que moran en su territorio, y se solicita la ayuda de los Estados Unidos.

»De estas y de otras fuentes de información se desprende que los indios de Yucatán hacen una guerra de exterminio a la raza blanca. No se respeta edad ni sexo y matan sin distinción a cuantos caen en sus manos.

»En estas condiciones han implorado la ayuda de este gobierno por medio de sus autoridades constituidas, para que

los salve de la destrucción, ofreciendo, en el caso de que se les preste auxilio, traspasar «el dominio y soberanía de la península» a los Estados Unidos. Análogas solicitudes de ayuda y protección han hecho a los gobiernos de España y de Inglaterra.

»Aunque no es mi ánimo recomendar que se adopte ninguna medida encaminada a la adquisición del «dominio y la soberanía» de Yucatán, no es posible que consintamos en el traspaso de esta soberanía a España ni a la Gran Bretaña, ni a ninguna otra potencia europea».

«Poseemos ya informes auténticos de que si los Estados Unidos no conceden la ayuda solicitada, se obtendrá probablemente de alguna potencia europea, que podría en lo sucesivo alegar «dominio y soberanía» sobre Yucatán.

»Todo cuanto podemos hacer en las condiciones actuales es emplear nuestras fuerzas navales del golfo, que no se necesitan en otros puntos, en proporcionarles protección y alivio.

»Me ha parecido oportuno comunicar al congreso los informes contenidos en la correspondencia adjunta, y solicitar que adopte las medidas a su parecer más oportunas, para impedir que Yucatán se convierta en una colonia europea, y al mismo tiempo salvar a la raza blanca del exterminio o de la expulsión de su patria». (1)

Supongo, señores, que la lectura de ese mensaje invita a una honda reflexión. A pesar de lo que allí se dice y se ofrece, Yucatán es todavía parte del noble pueblo mexicano! Pero no es preciso aquí el comentario.

El presidente Grant dice en su mensaje de 31 de mayo de 1870: «Todos los partidos políticos han aceptado la doctrina promulgada por el presidente Monroe; y paréceme conveniente ahora sostener el principio, no menos importante, de que ningún territorio de este continente puede traspasarse a un gobierno europeo.

»El gobierno de Santo Domingo ha solicitado voluntariamente la anexión. Es una nación débil, que probablemente cuenta con menos de 120.000 almas y que posee, sin embargo, uno de los territorios más ricos, capaz de alimentar con holgura a una población de 10 millones de habitantes». (2)

En la disputa fronteriza entre la Gran Bretaña y Venezuela, sobre los límites de la Guayana Inglesa, y que adquiría ya un carácter crítico, el presidente Cleveland decía en nota dirigida al embajador norteamericano en Londres: «La política tradicional y establecida de este gobierno se opone firmemente a que ninguna potencia europea aumente por la fuerza sus posesiones territoriales en este continente. Esta política se encuentra fundada en un principio como fuertemente apoyada por numerosos precedentes. En consecuencia, los Estados Unidos están obligados a protestar contra el ensanche del área de la Guayana Inglesa con detrimento de los derechos y de la voluntad de Venezuela». (3)

Cuando la isla de Cuba estaba angustiada por aquella lucha de varios años contra el poder monárquico de España, los Estados Unidos intervinieron «como país neutral, para detener la guerra, de acuerdo con los amplios dictados de la humanidad y siguiendo muchos precedentes históricos en los cuales los estados vecinos han intervenido para impedir los sacrificios inútiles de vidas», como decía el presidente Mc. Kinley en su mensaje al congreso, el 11 de abril de 1898.

La resolución aprobada por el Congreso, el 20 de abril del mismo año, con ese motivo, puede ser una presea para cualquier pueblo de la tierra. Esa resolución, que puede leerse en

(1) *La Política Exterior de los Estados Unidos*, págs. 25-28.

(2) *La Política Exterior de los Estados Unidos*, pág. 32.

(3) Obra citada, pág. 49.

(1) *La Política Exterior de los Estados Unidos*, pág. 70.

la obra citada aquí (1), pide el reconocimiento de la independencia de Cuba; pide al gobierno de España que renuncie a su autoridad y gobierno en la isla de Cuba; que retire sus fuerzas de mar y tierra de la isla y de sus aguas, y se autoriza en ella al presidente de los Estados Unidos para emplear las fuerzas de mar y tierra de los Estados Unidos a fin de llevar a efecto esta resolución.

En el POR TANTO cuarto hay una declaración que honra a ese pueblo, y más, porque hasta hoy han hecho honor a su palabra. Dice así: «Que los Estados Unidos por la presente renuncian a toda intención o propósito de ejercer soberanía, jurisdicción o dominio sobre dicha isla, excepto para su pacificación; y declaran que están determinados, cuando ésta se realice, a dejar el gobierno y dominio de la isla en manos del mismo pueblo de ésta».

Otro caso de aplicación de la doctrina se vió en 1861, cuando a raíz de la guerra civil norteamericana, España decidió la incorporación de Santo Domingo a sus posesiones coloniales, por petición del gobierno dominicano de entonces. El Secretario Seward hace saber entonces al gobierno español que tal acción «podría ser considerada como manifestación de un espíritu inamistoso para los Estados Unidos, el cual podría decidirse a contrarrestar empresas de esa clase, sea relativas a la república dominicana o a otra parte del continente, con una resistencia pronta, persistente y efectiva».

Cuando España se apoderó de las islas Chinchas, en 1864, también manifestó Seward al gobierno español que no podía considerar con indiferencia tal tentativa de reincorporación.

El mismo Seward, en 1863, ante la intromisión de Francia en México, dijo estas hermosísimas palabras: «Los intereses de Estados Unidos y aun de Francia exigen que se solucione la presente complicación mexicana tan pronto como sea posible, sobre la base de la unidad y la independencia de México.» Y agregaba pocos días después: «Este gobierno cree que la resistencia extranjera, o tentativa para controlar la civilización americana, fracasará siempre ante la incesante actividad de las fuerzas materiales, políticas y morales que son peculiares del continente americano.»

Cuando la guerra del Pacífico, de Chile contra Perú y Bolivia, la ingerencia de los Estados Unidos salvó a esos pueblos de una iniquidad y evitó que Francia e Inglaterra intervinieran allí peligrosamente.

Y algo muy grave que debe anotarse: si la anexión de Cuba no se llevó a cabo, como lo quería el partido esclavócrata sudista, por la razón o por la fuerza, junto con la de Centroamérica y México, fué, señores, por lo que había de alma en los Estados Unidos que estaba entonces en el partido nordista libertador, que es hoy toda la nación estadounidense. (2)

Durante la primera mitad del siglo pasado—como escribe nuestro compañero el Lic. don Teodoro Picado—la influencia inglesa era notable en Centroamérica y se ejercía casi directamente en casi toda la costa atlántica, pues la Gran Bretaña, dueña de Belize, pretendía además la propiedad de las islas de la Bahía de Honduras y, protegiendo la risible soberanía de los reyes moscos, extendía sus pretensiones ya no sólo sobre las costas de Nicaragua, sino también sobre las nuestras, con insistencia que estuvo a punto de provocar un conflicto armado durante la administración de don Braulio Carrillo. Pero aparte de eso, no eran pocos los centroamericanos que deseaban la intervención británica en nuestros asuntos. (3)

Y con motivo de que Inglaterra seguía a diario extendiendo su ocupación de la costa centroamericana, Nicaragua en 1847 solicitó la interposición de los Estados Unidos invocando la

Doctrina de Monroe. Fué entonces cuando tuvo origen en 1850, el tratado Clayton Bulwer, que todos conocemos.

Y ante esos hechos que la historia consigna, ¿qué cabe pensar? ¿Tienen hoy su autonomía esos pueblos que un día pidieron, ellos mismos, la intervención norteamericana?

¿Y qué se piensa después de haber visto a esa nación, al frente del gran Wilson, ir a Europa a decidir la guerra mundial en favor de los intereses latinos?

Debemos decir con el ilustre ex-presidente del Uruguay, Dr. don Baltasar Brum, que «si siempre hemos considerado que no debía prescindirse de la acción de los Estados Unidos en los asuntos que interesan al continente americano, más arraigada tenemos esa convicción después que se ha visto a dicho país lanzarse a la guerra, con su sangre y sus riquezas, movido por un noble idealismo, para defender los derechos de todos los pueblos y entre ellos la independencia e integridad territorial de países americanos sobre los cuales se cernía un grave peligro en el caso de que Alemania, vencedora de Europa sin contralor ya, quisiera extender su hegemonía en el mundo, aspiración ésta que formaba parte de su vasto plan imperialista.»

«Puede afirmarse que las conquistas europeas en América fueron, hasta ahora, impedidas por la influencia de la Doctrina Monroe—agrega el culto ex-presidente uruguayo; y esta doctrina es la única manifestación permanente de solidaridad del pueblo americano con los otros del continente.» (1)

Y debemos creer también como el Dr. Brum, que «la inmensa mayoría del pueblo norteamericano se orienta ahora hacia una política justa y armoniosa con las naciones del continente, y es un deber de todos contribuir a que acentúe esa orientación, en vez de anularla.» (2)

Yo proclamaría entonces esta fórmula: HAGAMOS NUESTRA VIDA EN EQUILIBRIO CON LOS ESTADOS UNIDOS, NO FUERA DE ELLOS.

Así iríamos en camino de un Panamericanismo grandioso, que resolvería la igualdad de todos los pueblos de América y el respeto mutuo entre las naciones del continente y realizaríamos el pensamiento de Martí: «La América ha de promover todo lo que acerque a los pueblos y abominar todo lo que los aparte.»

Todo nos concita hoy, señores, a la mejor comprensión de los pueblos de América y desde luego a la realización de un gran plan de acercamiento, sin mirar vanas diferencias raciales, ya que en la última guerra lucharon por la civilización pueblos de diversas tendencias, de distintos idiomas y de tan diversa historia.

Pero es más, señores; los interpretadores pesimistas de la Doctrina de Monroe que no quieren ver la virtud que la alienta y el bien que le ha hecho a la vida política de estas naciones, deberían recordar que la idea que fundamenta esa doctrina, no es, en realidad, una creación norteamericana, ni un pensamiento exclusivo de los Estados Unidos; ese principio es nuestro, ha vivido antes como una aspiración inmanente en el alma de todos los pueblos de la América.

Antes que Monroe formulara su doctrina, la habían adoptado ya, como norma de gobierno, los próceres de la epopeya emancipadora. El héroe uruguayo Artigas, por ejemplo, proclamó que el pabellón tricolor de la Banda Oriental vería siempre un enemigo en todo aquel que lo fuera «de cualquiera de los estados de América»; el chileno Egaña propuso la unión de América contra los enemigos extracontinentales. Esas declaraciones tuvieron la fuerza de juntar a casi todos los guerreros de América en las más altas cumbres andinas, asegurando allí la emancipación común.

(1) *La Política Exterior de los Estados Unidos*, pág. 225.

(2) *La Doctrina Monroe*, Quesada, pág. 40 a 63.

(3) *Antecedentes de la Guerra Nacional*, Teodoro Picado, pág. 6.

(1) *La Paz de América*, Baltasar Brum, Cap. I, «Panamericanismo».

(2) *La Paz de América*, Baltasar Brum, Cap. II, «La Doctrina de Monroe y la Solidaridad Americana».

Es así como tiene razón el gran poeta Zorrilla de San Martín, cuando expresa: «Puede decirse, sin temor de aventurarse en lo más mínimo, que la tan variadamente interpretada Doctrina de Monroe estuvo en el pensamiento, y sobre todo, en los actos de Artigas, mucho antes que en el célebre mensaje del presidente angloamericano.» (1)

Y Bolívar, el libertador, desde 1820 maduraba planes de unión americana, fracasada en aquel Congreso de Panamá de 1826. Dijo Bolívar, en las instrucciones que entregó en 1820 al Ministro que enviara a Buenos Aires: Esta confederación no debe formarse simplemente sobre los principios de una alianza ordinaria para ofensa y defensa; debe ser mucho más estrecha que la que se ha formado últimamente en Europa contra las libertades de los pueblos. Es necesario que la nuestra sea una SOCIEDAD DE NACIONES, separadas por ahora y en el ejercicio de su soberanía por el curso de los acontecimientos humanos, pero unidas, fuertes y poderosas para sostenerse contra las agresiones del poder extranjero». (2)

Y aún debe recordarse que dos prohombres de nuestra independencia fueron clarividentes y coincidieron en un asunto capital para el porvenir latinoamericano: ellos son el Precursor, Francisco Miranda, y el Libertador Simón Bolívar. Desde 1797, Miranda procuró interesar en su proyecto de emancipación hispanoamericana a la corte de Londres y al gobierno de Washington sobre el posible «paso para la navegación del istmo de Panamá», el cual serviría—como él declaraba—, para «la comunicación pronta y fácil del Mar del Sur con el océano Atlántico». Y Bolívar pensaba en 1815, que: Esta magnífica posición (la de Panamá) entre los dos grandes mares, podrá ser con el tiempo el emporio del Universo. Sus canales acortarán las distancias del mundo, decía; estrecharán los lazos comerciales de Europa, América y Asia, y traerán a tan feliz región los tributos de las cuatro partes del globo. Acaso allí podrá fijarse algún día la capital de la tierra, como pretendió Bizancio la del antiguo hemisferio. (3)

Por eso está bien el tono con que habla uno de los más cultos costarricenses: «Pague la América española sus deudas a los Estados Unidos—dice— viva de acuerdo con los más elevados principios de gobierno civilizado, muéstrase como una sola entidad moral ante el mundo, y todos los grandes de la tierra cortejarán su favor.

»Las ambiciones de los malvados dividen esas pequeñas naciones en bandos, alguno de los cuales recurre al gobierno de Washington para que se le invista de poder.

»Cuando al Secretario de Estado Bryan, hablé en nombre de los liberales centroamericanos para que retirasen los marinos que en Nicaragua tienen los Estados Unidos, él me respondió que en más de una ocasión lo habían intentado: pero que a ello se habían opuesto siempre los que estando en el poder representaban la república, en cuyo nombre pedían a los Estados Unidos garantizar el orden y la libertad de su bandera y sus marinos.

»Cada afortunado caudillo que triunfe en una revolución, o cada cobarde cabecilla que logra huir de su patria, vienen a pedir reconocimiento, amparo y devolución del poder a los Estados Unidos». (4)

ROGELIO SOTELA

(Concluirá en la próxima entrega).

(1) *La Paz de América*, Baltasar Brum, págs. 24 y 25.

(2) *Para la Historia de América*, Hugo de Barbagelata, págs. 88 y 89.

(3) *Para la Historia de América*, Hugo D. Barbagelata, págs. 94 y 95.

(4) Roberto Brenes Mesén. REPERTORIO AMERICANO, tomo V, N.º. 6.

LA COLOMBIANA

Sastrería

Francisco Gómez Z.

La mejor en su clase. Últimos estilos. Trabajos modernos.
Calle del Tranvía. — Frente a la tienda Kepfer.

UNA CENTURIA LITERARIA

(Prosas y prosistas uruguayos)

1800-1900

Por Hugo D. Barbagelata. París, 1924

Tenemos encargo de vender algunos ejemplares de esta magnífica antología. Precio del ejemplar ₡ 7.00.

Aproveche la ocasión y hoy mismo solicite el suyo al Sr. Admor. del «Repertorio Americano».

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación,
Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCÍA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMÍA DE LA REVISTA

La entrega	₡ 0.50
El tomo (24 entregas)	12.00
El tomo (para el exterior)	\$ 3.50 oro am.
La página mensual de avisos (4 inserciones)	20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5 % de descuento. En el anual, un 10 %.

Quien habla de la **Cervecería TRAUBE** se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS	Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.
Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.	SIROPES
REFRESCOS	Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.
Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Ginger-Ale,	

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSÉ — COSTA RICA

El Maestro Sanín Cano

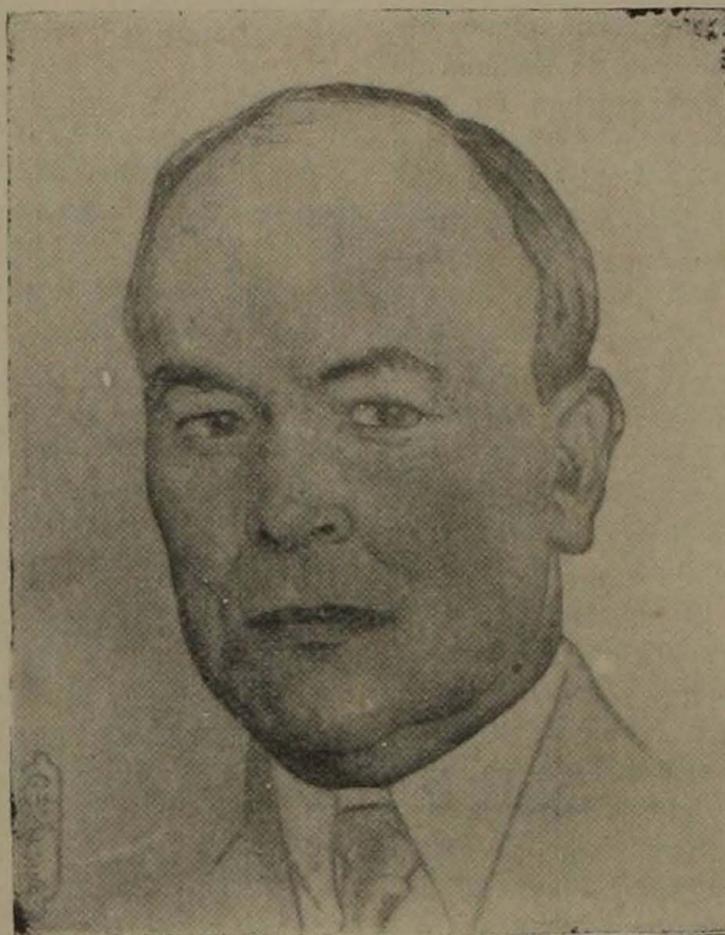
(Crónica de Tic-Tac, en *El Tiempo* de Bogotá).

Hemos visto y hemos abrazado, después de dilatada ausencia, al maestro de ayer y de hoy, de entonces y de siempre, al amigo y superior jerárquico de tiempos ya dominados por la penumbra de los años, de tiempos tan lejanos como felices y tan felices como dichosos.

Éranse días de regocijada fraternidad, de alegre convivencia social, en lo espiritual y en lo intelectual. En una quinta de Chapinero era el Cenáculo, la cita de casi todos los días y de casi todas las noches. Sobre nuestra mente de «aspirantes» y de «partiquinos», caían como granos en el surco, las palabras, las opiniones, las exégesis y los conceptos del Maestro. Era Sanín, y lo es hoy, la autoridad máxima en la órbita de sus iniciados. Para todos y cada uno, Sanín mantenía abierta la puerta de su casa y dejaba correr para quienes lo buscaban y rodeaban la fuente inagotable de su sabiduría, de su equilibrado y nutrido temperamento de intelectual máximo. Era en aquellos días de cordial camaradería, de unión sagrada al frente de la vida y del más allá de la vida.

Maestro por su propia virtud y por unánime consenso de sus «afiliados», del público innominado que lo conocía y del lector desconocido que lo admiraba y comprendía y que aún lo admira y lo comprende.

No hay hasta ahora libros creados y forjados en los altos hornos de la mente de Sanín. ¿Excentricismos del Maestro? ¿Sonriente ironía ante el *vanitas vanitatum* de los seres y de las cosas? No lo imaginamos. Sólo es posible pensar que el polen cerebral que fecunda las ideas en la flor del espíritu vuela mejor y cumple mejor su acción germinal en la hoja que vuela sobre campos ilimitados que en el libro cautivo de las vitrinas y de las estanterías de quien lo vende y de quien lo compra. La hoja vuela en más lontananzas y es donaire del viento y del espacio. El libro no vuela. Circula. El libro espera al lector y ejerce a trechos funciones notariales: protocolizar, legajar ideas y doctrinas y filosofías. Su actividad de sembrador es lenta y va sometida a itinerarios más cortos y difíciles en lo apostólico y en lo financiero. La hoja vuela como el viento, libre, ágil, tornasolados el cuello y las alas por el sol mañanero o por la relumbre melancólica del atardecer. El libro tiene precio comercial: se cotiza. Es cosa fungible. Es instrumento negociable. Lo volandero es otra cosa como propaganda ideológica y como labor que se basta con arrojar un grano



Baldomero Sanín Cano

de espíritu en el surco de la inquietud cerebral del Universo.

Sanín llega a su ciudad «solariega», a su segundo alero materno, después de una vida. Un fuerte soplo de juventud lo anima y sustenta por dentro y por fuera. Y en su palabra y en su sonrisa y en su mirada, se destaca el hombre maduro, de inteligencia sazónada por el estudio y por el tiempo, que es el apoderado y fijador definitivo de todo lo que alienta y se agita debajo de los astros y encima de la tierra crucificada de caminos y de senderos.

Llega ahora el Maestro a la Patria grande, de la cual es exponente destacado en los sectores del intelecto y del espíritu, y donde los pueblos edifican las torres almenadas y los muros eternos de la ciudad futura...

Y va hoy Sanín para lejos, con la prora endilgada hacia los mares y las playas australes del continente suramericano. De esta América joven y palpitante, que tiene la forma de un gran corazón encargado de palpar por el mundo nuevo y por el viejo, y de alimentar con su sangre las grandes visceras germinativas del porvenir,

La Nación de Buenos Aires es uno de los rotativos más fuertes y prestigiosos del mundo periodístico. La América tiene en *La Nación* y en *La Prensa* bonaerenses sus más destacados representantes, sus más sólidas columnas intelectuales y su más amplio itinerario de extensión y prolongación.

De ese gran diario ha sido Sanín en Europa, desde hace largos años, representante principal y colaborador del más elevado coturno. En Londres y en Madrid, Sanín ha gobernado las grandes oficinas corresponsales de *La Nación*. Y ahora, el Maestro va a la metrópoli argentina, a ocupar puesto categórico y sólido en los sectores de alta batalla del diario panamericano. Y allá será Sanín la mente aguzada de finos lentes panorámicos que domina y detalla el momento de una Europa todavía convulsa y apenas convaleciente; de una Europa que apenas reacciona y apenas se mueve como los inválidos del Marne, del Vístula y del Piave: en muletas. Amplio y fértil campo para la pluma de Sanín, sociólogo y crítico sereno de las grandes y pequeñas jornadas del género humano.

Lleve el Maestro a las hermosas y fecundas riberas del Plata, como ha llevado a todas partes, el recuerdo de la Patria que ahora visita como huésped transitorio, y que lo admira y sigue como a una de sus más fuertes proyecciones intelectuales.

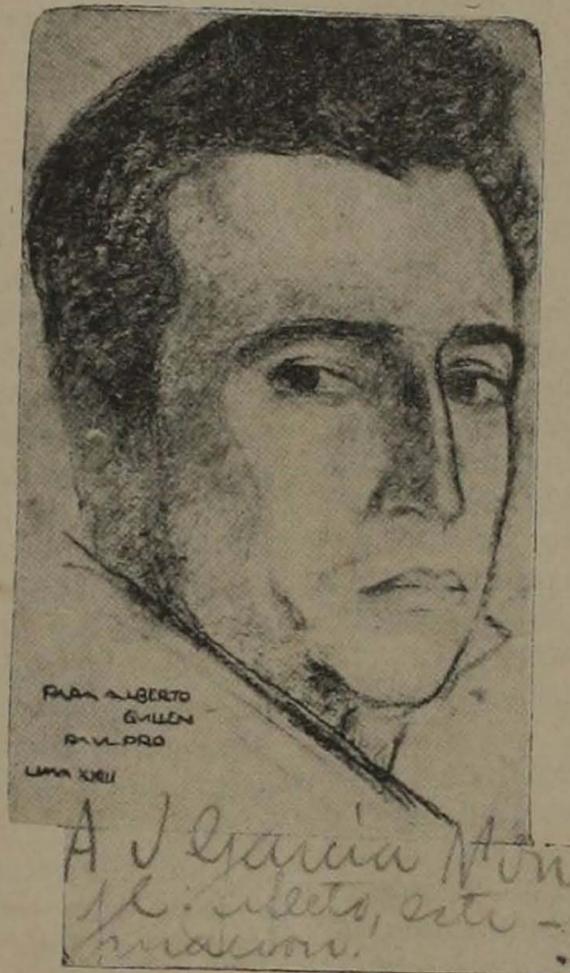
Corazón payaso

=Libro de sonetos humoristas, por Alberto Guillén=

DE Alberto Guillén sabíamos ya por *Prometeo y Deucalión* que era un poeta filósofo, a la manera emersoniana, lleno de moceril optimismo y de autolatría arrogante. Si hubiera insistido en su actitud retadora, en la afirmación monótona de su divinidad habríamos acabado por poner en duda la plenitud de su fuerza poética. Pero descendiendo de sus regiones mitológicas y descalzándose el clásico coturno, he aquí que en este libro, Guillén, ha querido probarnos su múltiple destreza lírica. El poeta de los versos erguidos y valientes, de la austera rudeza y la catadura profética, conoce también la saludable alegría. Zarathustra no desdénaba la risa, sino que antes bien incitó a amarla. Él mismo alternaba su enseñanza adusta con las acrobacias de un bailarín y la cuerda tensa de éste le proporcionó una vez una admirable metáfora. Sectario de este ejemplo. Guillén cultiva con igual amor su desplante y su pirueta.

Ya en sus últimos libros: *El Libro de las Parábolas* y *La meditación de Nuestro Señor Yo*, de que tan poco caso ha hecho la crítica oficiante, apesar de ser lo más sustancioso de nuestra producción reciente, Guillén había dado pruebas de su humorismo lírico. Pero en ambos libros la alegría estaba contaminada de gravedad. En el de las *Parábolas*, apesar del deseo de originalidad del autor, los personajes de la fauna parlante, convocados para dirimir profundas cuestiones morales—todo el círculo amaestrado de la fábula—tenían una propensión atávica a la moraleja cuando no se la traían de antemano aprendida de memoria. En *La Imitación* hay ironía y dogmatismo sentencioso por partes iguales.

En *Corazón payaso*—inferior por cierto a los dos libros anteriores en hondura ideológica, como que es un simple escarceo de verso festivo—el poeta parece estar libre de preocupaciones trascendentales. ¿Qué cosa menos trascendental que un burgués? El poeta se ensaña contra el manso prójimo y lo hace el protagonista risible de su libro. Cada soneto sorprende una actitud suya o un rasgo psicológico y a veces hasta una simple y reveladora prenda de vestir, y de todas se forma, como en un mosaico, la multicolor figura total. El burgués posa innumerablemente para satisfacer el capricho de su fotógrafo gandul. Con frac y con chistera, que no logran disimular al antropoide; con borlas doctorales, debajo de las cuales se insinúan las orejas simbólicas o asoman los atavíos de Sganarella; en traje dominical de ceremonia, o en traje natural de hortera; en actitud de arco ante cualquier celebridad de aldea; disfr-



Alberto Guillén

zado de bohemio, con chambergo raído y corbata de listón, o llevando sobre los hombros, con inmunidad doctoral «la ironía trágica de la cabeza». Ahí se está el burgués criollo, con flor en el ojal, orgulloso de su vientre y de su faltriquera, asegurados el diploma y el puchero, candidato al chaqué y a la diputación. El humorista lo persigue y lo acosa como repórter de revista gráfica, asustándolo con los fogonazos de su ingenio. Le acompaña hasta la hora inevitable de la apología y de las satisfacciones póstumas, las exequias pomposas y las necrologías, para asistir, por último, con cara risueña, a la inauguración del busto, que con cierto relativo aire de prócer, lo inmortaliza ante los tontos.

Pero donde mejor florece su humorismo, es cuando anuncia su propósito, no del todo insincero, de aburguesarse y adopta para el caso las mansas actitudes de sus víctimas. La *Carta a Fray Luis* y a *Don Juan Primero*, son bellos

ejemplos de esta burla irónica. Alguna vez promete dejarse la melena, una melena nazarena y usar corbata carmesí. En *El Asno* podría decirse que culmina este humor, cuando al sentirse rodeado de tanta suficiencia con monóculo, exclama:

y yo, entre tanto inteligente,
siento unas ganas derrepente
de mordisquear el verde.

Pero ni hiel ni rencor en esta sátira regocijada. Poesía sí, a cada momento, por entre las púas de tanta burla. El poeta no se olvida de su misión divina ni de su fraternidad con la naturaleza. Jactanciosamente hace el paralelo entre él, lírforo celeste, y los pobres diablos que se olvidan del alma pensando en el puchero y esperan un hijo anual de su mujer. Él sabe que el claro de luna no se mastica y después de violar a las novias fáciles se ríe del Código Penal. Como las aves evangélicas, no se preocupa del grano que ha de comer, porque está ahito de versos y desdeña la fortuna de los burgueses porque se siente millonario de estrellas.

Si no olvida su condición de poeta, si repite su nombre con un azoro siempre niño, tampoco puede prescindir de la espléndida manía de sus paisajes. Su sátira está impregnada de panorama. Usa del paisaje como contraste. Recorta las obesas figuras de sus personajes, para que se destaque en algún ángulo del cuadro la ironía de un cielo de poema. Mezcla jubilosamente égloga y epigrama.

Si la Naturaleza era para Renán de una inmoralidad trascendente y el sol alumbraba por igual a

los buenos y a los perversos, para este optimista, cuya filosofía no descansa ni en el humorismo, el Universo está regido por el ritmo del bien. Impera una cosmogonía buena. Todo invita a la alegría y al salmo. Alegría por la vida trivial y por las horas sublimes, por la hierba humilde y por la flor en capullo, como por las orejas del Asno y la ignorancia del Doctor Cualquiera; por el gusano y por el astro.

La rima, su dócil subordinada, se confabula para consumir este comunismo intencionado de estrellas y de larvas, de rosas y lechugas. El regocijado diccionario de la botánica burguesa, presta gruesas consonancias para este juego en el que el ironista se complace en humillar el orgullo de las palabras líricas. En su *Madrigal frustrado*, poesía que obtuvo el lauro floral, escandalizaba ya a algunos que el poeta hubiera hecho rimar estrofas con alcachofas.

Mitad poeta, mitad payaso, le dijeron un día. Acritud inmerecida para quien ha sabido ser plenamente poeta y para quien—aeda o juglar—permanece siempre el mismo, porque lo que quiere darnos de sí, es su yo, su yo imperioso y altanero, egolátrico y panteísta, nietzschano y cristiano al mismo tiempo, su yo de eterno optimista en trance de Dios y de Superhombre.

Pero riendo o enseñando—en su función magistral de poeta, cumple integralmente su función. En sus versos epónimos retozaba una ironía sávida. En estos versos festivos se ahondan algunas graves meditaciones. Poeta filósofo siempre. Poeta que encuentra por doquiera, ya sea en la sátira o en la poesía, el camino abierto para alguna alusión eterna. Como mañana ha de prenderse con las manos sangrantes, a alguna ruda escarpa, hoy ha tomado el sendero jubilante. Puede con derecho grabar en el pórtico de su libro este pensamiento de Renán: «Se entra por la alegría en las miras más profundas de la Providencia».

RAÚL PORRAS BARRENECHEA.

NOTA: Por falta de espacio, sentimos tanto no publicar en esta entrega la Página Lírica de costumbre, dedicada al poeta peruano Alberto Guillén. Será para la entrega próxima.

“Pegaso”

Montevideo-Uruguay

Es una de las mejores revistas nacionales de letras que se publican en el Uruguay.

San Salvador 2309
Montevideo

Dr. ALEJANDRO MONTERO S.

MEDICO CIRUJANO

TELÉFONO 899 — Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.

Despacho: 50 varas al Norte del Banco Internacional.

Obras de lectura

Buenos Aires, Enero de 1925.

Sr. D. Joaquín García Monge

San José de Costa Rica

Señor:

Vemos, por el *Boletín* de la Biblioteca Nacional de Costa Rica que acompaña a su excelente REPERTORIO AMERICANO, cuánto le interesa propagar las listas de buenos libros. Pero ¿por qué propaga una lista que contiene errores magnos, como el de incluir entre los cien mejores libros de la humanidad el absurdo ensayo de Demolins sobre *La superioridad de los anglosajones* (su título sólo basta para juzgarlo), la obra pueril de Smiles sobre *El carácter*, la mediocre novela pompeyana de Bulwer, las meramente agradables de Mereshkovski (es imperdonable escribir Merejkowsky, a la alemana), la atrasada *Astronomía popular* del ridículo Flammarión, la bien documentada pero indigesta *Historia de la literatura española* de Fitzmaurice-Kelly, la deplorable selección de autores españoles hecha por los jesuitas, y hasta una disparatada *Apología científica de la fe cristiana*? Pero ¿a qué seguir enumerando? Muchas obras hay en la lista que son buenas, pero no supremas, y no tienen por qué figurar entre los «cien mejores libros».

Creyendo urgente combatir el error, no con la polémica, sino con la propaganda de la verdad, y convencidos de que nuestra lista, por ser obra de grupo y producto de amistosa discusión, será de utilidad, la enviamos a usted para su *Boletín* o su *Repertorio*. Aun desearíamos que provocara otras. En la nuestra no van obras científicas, porque deseamos proponer obras *de lectura*: la cultura científica se adquiere en la escuela, y los libros científicos deben renovarse constantemente. Hay obras científicas de gran valor histórico, y su lectura es muy interesante como revelación de un espíritu superior, aunque los datos y aun las ideas hayan sido rectificadas (por eso Eugenio d'Ors incluía muchas de ellas en una original y deleitosa, pero excesivamente difícil, lista suya): nos parecen que son para los lectores que llegan, cuando menos, a una *segunda etapa*, más avanzada que la que deben representar los *primeros* «cien mejores libros». Tampoco hemos incluido obras que representen religiones o literaturas demasiado lejanas y difíciles de comprender, como ocurre en los *Vedas*, el *Avesta*, el *Ramayana*: al lector que se inicie debe bastarle con ideologías más vivas, como la búdica y la de Confucio, y con literaturas fácilmente inteligibles, como las fábulas y los cuentos. No hemos incluido autores vivos. Naturalmente, no creemos que haya obligación en limitar estas selecciones a cien libros; pero, ya que se fija este número, hay que confesar que obliga a una selección muy rigurosa: por eso la consideramos buen ejercicio del discernimiento.

Sus amigos

LA CORTE DEL SALÓN OSCURO

Los cien libros

- 1 El Antiguo Testamento, en traducción de Cipriano de Valera (siglo xvi).
- 2 El Nuevo Testamento, en traducción de Cipriano de Valera (siglo xvi).
- 3 Confucio
- 4 Diálogos de Buda
- 5 *Panchatantra*: fábulas indias; traducción de J. Alemany Bolufer.
- 6 *El Corán*
- 7 *Las Mil y una noches*
- 8 *La Iliada*, traducción de Luis de Segalá y Estalella
- 9 *La Odisea*, traducción de Luis de Segalá y Estalella
- 10 Esquilo: *La Orestíada*, traducción de Brieva Salvatierra
- 11 Sófocles: *Edipo Rey*, traducción de J. Alemany Bolufer
- 12 Eurípides: *Medea*, traducción de Eduardo de Mier
- 13 Aristófanes: *Las aves*, traducción de Federico Baráibar
- 14 Platón: *La República* y *la Apología de Sócrates*
- 15 Aristóteles: *La Ética a Nicómaco*
- 16 Herodoto: *Historia*
- 17 Tucídides: *Guerra del Peloponeso*
- 18 Demóstenes: Oraciones (selección)
- 19 Plutarco: *Vidas paralelas* (selección)
- 20 Poetas líricos griegos: selección en que estén comprendidos Píndaro, Safo, Tirteo, Alceo, Anacreonte.
- 21 Lucrecio: *De la naturaleza de las cosas*
- 22 Virgilio: *La Eneida*
- 23 Horacio: *Odas*
- 24 Ovidio: *Metamorfosis*
- 25 Cicerón: Oraciones (selección)
- 26 Tito Livio: *Décadas*
- 27 Julio César: *Guerra de las Galias*
- 28 Tácito: *Anales*
- 29 San Agustín: *Confesiones*
- 30 *Imitación de Cristo*
- 31 Florecitas de San Francisco de Asís
- 32 *Los Nibelungos*
- 33 *Los Mabinogion*: cuentos del país de Gales; origen de muchas leyendas célticas (siglo xii).
- 34 Trovadores provenzales (selección)
- 35 *Canción de Rolando*
- 36 *Roman de Renart*
- 37 Dante: *Divina Comedia*
- 38 Petrarca: Sonetos
- 39 Boccaccio: *Decamerón*
- 40 Maquiavelo: *El Príncipe*
- 41 Ariosto: *Orlando furioso*
- 42 Tasso: *Jerusalem libertada*
- 43 Rabelais: *Gargantúa*
- 44 Montaigne: *Ensayos*
- 45 Corneille: *El Cid*
- 46 Racine: *Fedra*
- 47 Moliere: *El Misántropo*
- 48 Descartes: *Discurso del método*
- 49 Pascal: *Pensamientos*
- 50 Voltaire: *Diccionario filosófico* (selección)
- 51 Rousseau: *Emilio*
- 52 Shakespeare: *Hamlet*
- 53 Bacon: *Novum organum*
- 54 Milton: *Paraíso Perdido*
- 55 Swift: *Gulliver*
- 56 Defoe: *Robinson Crusoe*
- 57 Spinoza: *Ética*
- 58 Balzac: *Papá Goriot*
- 59 Poetas franceses del siglo xiv (selección). Incluyendo a Víctor Hugo, Musset, Baudelaire, Verlaine, Rimbaud, ante todo.
- 60 Stendhal: *Rojo y negro*
- 61 Flaubert: *Madame Bovary*
- 62 Dickens: *David Copperfield*
- 63 *Poetas ingleses del siglo xix*: (selección que incluya a Wordsworth, Coleridge, Byron, Shelley, Keats, los norteamericanos Poe y Whitman, Tennyson, los Browning, los Rossetti.
- 64 Kant: *Crítica de la razón pura*
- 65 Schopenhauer: *Parerga y paralipomena*
- 66 Nietzsche: *El origen de la tragedia*
- 67 Goethe: *Fausto*
- 68 Heine: *El Cancionero*
- 69 Ibsen: *Los espectros* o *Casa de muñeca*
- 70 Tolstoy: *Ana Karenine*
- 71 Dostoyevski: *El crimen y el castigo*
- 72 Camoens: *Los Lusíadas*
- 73 *Poesía lírica portuguesa*: (selección en que figure, especialmente, la de la Edad Media, una de las manifestaciones líricas más admirables en el mundo).
- 74 *Romances españoles de la Edad Media*: selección
- 75 *Cantar de Mio Cid*: (puede leerse con ayuda de la versión en prosa de Alfonso Reyes).
- 76 *Poetas líricos españoles*: selección en que no falten el Arcipreste de Hita, Santillana, los Manriques, Encina, Garcilaso, Boscán, Herrera, Fray Luis de León, Lope de Vega, los Argensolas, Rodrigo Caro, la *Epístola moral*, San Juan de la Cruz, Góngora, Quevedo, Rioja, y después Espronceda y Bécquer y Rosalía de Castro.
- 77 *La Celestina*
- 78 *Lazarillo de Tormes*
- 79 Cervantes: *Don Quijote*
- 80 Santa Teresa: *Vida*
- 81 Lope de Vega: *La estrella de Sevilla*
- 82 Tirso de Molina: *El burlador de Sevilla*
- 83 Calderón: *La vida es sueño*
- 84 Quevedo: *El buscón*
- 85 Pérez Galdós: *Misericordia*
- 86 Leopardi: Poesías
- 87 Ruiz de Alarcón: *La verdad sospechosa*
- 88 El Inca Garcilaso: *Comentarios reales*
- 89 Justo Sierra: *La evolución política de México*
- 90 Eugenio M. Hostos: *Moral social*
- 91 José Martí: *Páginas escogidas* o *La edad de oro*
- 92 Sarmiento: *Facundo*
- 93 Rodó: *Ariel*
- 94 *Poetas hispano-americanos*: selección que comprenda a Sor Juana Inés de la Cruz, Bello, Heredia, Olmedo, la Avellaneda, Casal, Gutiérrez Nájera, Othon, Nervo, Martí, Silva, Andrade, Herrera y Reissig, Delmira Agustini, María Eugenia Vaz Ferreira, Batres Montúfar, Aquileo Echeverría, José Joaquín Pérez, entre otros.
- 95 Juan Montalvo: *Los Siete Tratados*
- 96 Rubén Darío: *Cantos de vida y esperanza*
- 97 Ricardo Palma: *Tradiciones peruanas*
- 98 José Hernández: *Martín Fierro*
- 99 Emerson: *Ensayos*
- 100 Henry Adams: *La educación de Henry Adams*



Tablero

—1925—

Nuestro excelente amigo y asiduo colaborador, don Pedro Henríquez Ureña, ahora Prof. en la Universidad de la Plata (Su dirección: Plaza Roche, 164. La Plata, Rep. Argentina), al mandarnos la carta que en otra parte se verá, nos dice:

«Un grupo de gente joven de Buenos Aires y La Plata, que se llama *La corte del salón oscuro* (v. el drama del Tagore, *El rey del salón oscuro*), me ruega le envíe esos «cien libros» y que perdone lo mal copiado. He colaborado también en su formación.—Suyo,—P. H. U.

Suscríbese a la *Revista de Occidente*, publicación mensual que dirige en Madrid, José Ortega y Gasset.

Suscripción anual: 42 pesetas.

Punto de suscripción en Costa Rica: Librería Española de Dña. María v. de Lines.

Si tiene que escribir, o quiere, a nuestro compatriota don Roberto Brenes Mesén, diríjase a 1024, Euclid Ave. Syracuse, N. Y., U. S. A

De nuestro ilustre amigo Dn. Luis Araquistain, (Espalter 13, Madrid), acabamos de recibir con tanto gusto estas dos obras, que agradecemos:

El peligro yanqui, 2.^a Edición. Editorial Sempere, Valencia, y *La vuelta del muerto* (novela) Editora Internacional, Madrid-Berlín-Buenos Aires.

Don Ricardo Sáenz Hayes, de la Redacción de *La Prensa* de Buenos Aires, ha tenido la fineza de remitirnos esta obra suya:

El viaje de Anacarsis (novela), Editorial Babel, Buenos Aires, MCMXXIV.

Gracias muy sentidas al Autor.

El Director de la Biblioteca Nacional de Quito, Dn. Cristóbal de Gongotena y Jijón, ha publicado esta obra, que nos ha enviado y que le agradecemos tanto:

Ensayo de una iconografía del Gran Mariscal de Ayacucho Dn. ANTONIO JOSÉ DE SUCRE y algunas reliquias suyas y del Libertador que se conservan en Quito.—Publicación hecha con motivo del 1er. centenario de la victoria de Ayacucho, 1824—1924.

Maestros estudiosos y preocupados de la misión que desempeñan nos preguntan a veces por una buena revista pedagógica. Hela aquí, y excelente:

Revista de Pedagogía, Madrid.—Director: Lorenzo Luzuriaga, un entendido.

Suscripción anual (12 números) 16 pesetas.—Representantes en Costa Rica: los Sres. Sauter & C.^o

Se trata de hacer una 2.^a edición de "En una silla de ruedas", la preciosa novela de nuestra Carmen Lira. ¿Quiere ayudarnos? Remítanos ₡ 1.00, a cambio de un ejemplar, y anime a otros a que hagan lo propio.

Con el pseudónimo de *El Tramoyista*, escribe Luis Bello en *La Voz* de Madrid sus artículos. Luis Bello es uno de los escritores españoles de la hora actual que hay que tener en cuenta.

Desde Caracas, en donde reside ahora, nuestro muy estimado amigo Pedro-Emilio Coll nos remite copia de la fina Lectura sobre Leonardo que en esta entrega reproducimos.

Del servicial amigo Martín García, de La Plata, calle 7 núm. 1119, con otros papeles interesantes, hemos recibido éste:

Diógenes. I. 1

Declaran los redactores de esta hoja:

«Estamos hartos, hastiados de palabras... En cambio, nos atormenta el hambre y la sed del espíritu».

Les preocupa: el arte, la política argentina, la política americana. En *Diógenes* habla un grupo selecto. Su voz se oirá también en el REPERTORIO, porque reproduciremos algunos párrafos de los varios que en las entregas que vayamos recibiendo, nos llamen la atención.

Por ahora, para coger el rumbo de *Diógenes*, entresacamos:

«Al tonel, perennemente abierto, legan sin trabas os ecos del mundo. Alcanzan en él resonancias extrañas, desconocidas para el oído inerte de los entendidos al uso. Descifrarlos, poniéndolos en lenguaje corriente, será lo que aquí haremos hasta donde lo permitan los dictados de nuestra aristocracia de Nucleares, aristocracia sin exégesis porque no se da ni se adquiere: se posee por naturaleza, o, mejor, dicho, por espíritu».

«Empuñamos la lámpara de Diógenes sin arrogancia, pero también sin que nos tiemble el pulso. En primer lugar, para buscar al hombre dentro de nosotros mismos y tratar de realizarlo. Después, para escrutar el fondo de las almas, buscando en ellas la hombría con el ansia de vivificarla y encenderla».

Volveremos con *Diógenes*.

